

FICHADOS

Crónicas de amores clandestinos

La Plata, Diciembre 2015

ILUSTRACION DE TAPA

.....

.....

ILUSTRACIONES INTERIOR

"El Profe"

.....

"EL oficial y el Revolucionario"

.....

"La Rami"

.....

Crónica del porqué o cómo prologar mi propio libro

Durante muchísimos años me la pasé buscando la respuesta del porqué me gustaban los hombres, los varones. También pensé que sería un secreto eterno que me llevaría conmigo a la tumba. Me imaginé casado y con hijos y llevando ese karma en mi cabeza y mi cuerpo. Y digo mi cabeza ya que tampoco de niño ni de adolescente pensé que podría mantener una relación sexual con una persona de mi mismo sexo, me parecía inadmisible e imposible.

En mi casa éramos dos hijos: mi hermana mayor y yo, el menor. El menor protegido por mi madre y desafiado por mi padre. Una familia conformada por padres chilenos que se habían venido a buscar un futuro mejor en este país y en la ciudad de Bahía Blanca. Eso repetían cada vez que yo se lo preguntaba con insistencia. Recuerdo bien las rondas de preguntas hacia mi madre:

- ¿Mamá por qué se vinieron a la Argentina?
- Nos vinimos para trabajar. Mi amor si no hubiéramos venido, ustedes no hubieran nacido. Y vos y tu hermana son lo más importante que tenemos.

Las infancias pueden ser contadas desde muchos lugares. Yo puedo hacer un refrito de mi psicoanálisis y decir: ¡Qué bueno que ya pasó! Una mariposa atrapada en el cuerpo de un varoncito que desde todos los lugares trataban de encausar: desde mi familia, la iglesia del barrio, los vecinos que no podían dejar de ver las luces que mi aleteo producía.

Y ya de adolescente, en un intento fallido de entrar al seminario de la congregación Salesiana, un terapeuta de hábitos, me previno y me dijo: tú no podrás ser jamás un sacerdote ya que la Iglesia opina esto de los homosexuales. El sacerdote y psicólogo se había tomado la molestia de hacerme una copia de un artículo de la revista del Vaticano, y resaltar con un fibrón fluorescente donde estaba la palabra homosexual. Yo nunca le había contado en una sesión que era gay, que me calentaban los bultos o que me pajeaba con un Jesús semidesnudo en la capilla del colegio, pero sin embargo él se enteró antes que yo, como suele suceder con estas cosas: todos supieron, sabían y sabrán que el pibito era maricón, pero quien escribe todavía no se daba por enterado.

Ahora les propongo que hagamos un salto rápido a mis 15 o 16 años, es decir, hace veinte años atrás. Yo ya me había cambiado de escuela, luego de hacer cuatro años en el Instituto Técnico La Piedad (ITLP). Me cambié al nocturno de la Escuela Media N° 6. Allí comenzamos a rearmar el Centro de Estudiantes que desde la dictadura no había vuelto a funcionar. Algunos estudiantes teníamos muchas ganas de volver a armarlo y así en esa pequeña efervescencia en los finales de los años noventa retomamos el Centro de Estudiantes. Paralelamente nos unimos a una coordinadora para comenzar a organizar las conmemoraciones de los veinte años de aquel 24 de marzo de 1976, nada más y nada menos que en una de las ciudades más fascistas del país, la ciudad de Bahía Blanca.

Ya para esa altura yo hacía trabajo barrial en Villa Esperanza y en Villa Rosario. Dos de las villas más pobres alledañas a la terminal de micros, y con una población mayormente chilena. Estaba organizado además con las Comunidades Eclesiales de Base, participaba de los Seminarios de Formación Teológica y había vivido unos tres meses en un hogar de ancianos en Villa Rosario, haciendo la gran hazaña de cuidar a los viejos y viejas pobres en un hogar que quedaba ubicado detrás de una capilla católica. Irse a vivir al barrio era como una acción heroica en medio de un capitalismo que nos estaba dejando a todos hechos mierda. En esos días recuerdo que andaba a las corridas: reuniones con representantes de todas las comunidades de los

barrios para armar los encuentros de las comunidades de base, las reuniones de la comisión de prensa del proto centro de estudiantes de la media N° 6, las reuniones de la coordinadora del 20° aniversario del Golpe Militar del '76. Llevarme sin avisar yerba de casa para el mate cocido del barrio, pedalear sesenta cuadras de mi barrio hasta la Villa, a la salita médica donde dábamos apoyo escolar. Juntarnos con los chicos del centro de estudiantes de humanidades de la Universidad Nacional del Sur y motivar a los estudiantes de Letras a que se sumaran a ayudar en las tareas a los pibes del barrio. Juntar galletitas para las meriendas y escuchar Silvio Rodríguez, Sui Generis, Fito Páez y León Gieco.

“De tu querida presencia Comandante Che Guevara”, fue la frase que cantaba en el living de casa, frase e historia que se me ocurrió contarle a mi viejo para que se enterara en qué andaba su hijo y de paso que conociera la historia. “Si la habré cantado”, me contestó mi viejo con una tranquilidad sorprendente. ¿Cómo que la cantaste viejo? Fue mi pregunta atónita.

En los siguientes segundos, minutos u horas, no recuerdo el tiempo, me puso al día de su historia de militancia en la Unidad Popular de los años 60 y 70 en su Chile natal. De las reuniones del Partido Socialista, del encuentro con el Che en el año en que ganara esa fuerza popular y de

su activismo en el Cordón Industrial Vicuña Maquena en Santiago. Del golpe de estado en Chile y su exilio. En ese momento, y en esos años subsiguientes yo sentí que la sangre no estaba al divino botón, que algo nos daba la sangre y la historia de nuestros viejos. Sentí que mi militancia, mi activismo tenía algo que ver con toda esa historia. Luego vinieron a mi cabeza las preguntas de si la tortura o no tortura, de si la traición o no la traición, de cómo pudo salir del Estadio de Chile, de cómo llegó a Bahía Blanca y de cómo no nos había contado nunca de su activismo y de porqué no se había organizado en la ciudad.

“Uy uy uy hasta el cóndor lloró”, cantaba en Mensajes del alma un León, que le ponía palabras a uno de los momentos más terribles de un artista: privarlo de su arte cortándole los dedos en el Estadio de Chile, delante de todos los presos políticos, en el primer mes del Golpe a la Moneda. Hace un tiempo que he decidido no contar el horror y narrar las cosas que hemos aprendido a partir de él. Del horror en general aprendemos quienes no lo hemos motivado o cultivado. Los otros son quienes, la mayoría de las veces, no se arrepienten o se mueren sin condena. Recuerdo que una de las últimas actividades militantes que realicé en la ciudad de Bahía Blanca fue con el grupo “Laicos Autoconvocados” que conformamos con otros compañeros de la Iglesia. Este grupo tenía el lema de “Por una coherencia cristiana, expulsión del Padre Aldo Vara”.

Aquí ya corría el año 1999 y en nuestra ciudad se estaban llevando adelante los juicios por la verdad. El cura Aldo Vara había sido Capellán Militar del V Cuerpo de Ejército y había sido mencionado por varios detenidos que habían pasado por el centro de detención “La escuelita”. Este cura había participado de sesiones de tortura y hablaba con familiares y les decía que sus hijos “estaban en cosas peligrosas”. Ese año donde aparecimos con esa consigna, fue fuerte para la ciudad escuchar que laicos pidieran la expulsión de un sacerdote. Fuimos entrevistados por los medios de comunicación, pero aislados por parte de muchos compañeros de la Iglesia que no veían en ese reclamo un motivo de adhesión.

Hubo un hecho significativo, que en su momento no lo tomamos en cuenta o no le dimos su verdadera dimensión. Un compañero que estaba con nosotros, nos contó que iba a dejar de participar del grupo por que lo habían amenazado unas personas extrañas. Cuando volvía de dejar a su sobrina al jardín en bicicleta, lo paró un auto que lo venía siguiendo. Su conductor le dijo que se dejara de joder con eso de la expulsión del cura, que conocía donde vivían él y sus sobrinos, que no hiciera nada más. A este compañero no lo vi más y quedó ese relato en el aire, que a mi modo de ver en esos años, no era creíble. ¿Qué cosa podíamos mover en aquellos años donde los poderes seguían casi intactos siete laicos que no tenían ningún tipo de apoyo institucional? Hoy a la distancia y a más de quince años

puedo creer en el relato de ese compañero y en la situación que vivió. Los agentes de inteligencia continuaron actuando y lo siguen haciendo, esa es una certeza no sólo personal sino altamente comprobada por muchísimas fuentes. Una de ellas, en la cual he trabajado, es el ex Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires (DIPPBA). Luego de esa experiencia la mayoría de los integrantes de Laicos Autoconvocados nos fuimos de todos los espacios orgánicos de la iglesia y algunos nos volvimos ateos, anticlericales y apóstatas.

En el año 2003 me fui a vivir tres meses al mismo pueblo donde naciera y creciera mi mamá, y donde mis viejos se conocieran. El 19 y 20 de diciembre ya había pasado, no había un mango partido al medio, no había trabajo, no había plata para estudiar ni para nada. Mi vieja se había ido a probar suerte allá y yo en medio de la desolación de la ciudad, donde mis mejores amigos se habían ido a trabajar a Europa, agarré una mochila y me fui también. Esos tres meses me sirvieron para darme cuenta del odio del chileno común al argentino promedio y viceversa. De que nunca viviría en un pueblo tan chico que fuera tan grande como el barrio donde nací, y sobre todo que tenía que volverme a Argentina y venir a la ciudad de La Plata a terminar la carrera de periodismo. Algo que asumí muchos años después es que también me venía a vivir mi vida y mi sexualidad libremente.

No era lo mismo ser la mariposa del barrio, la mariqui-

ta hija de dos chilenos en el barrio Avellaneda de Bahía Blanca, que ser un estudiante gay en la ciudad de La Plata. Así mi viaje a la ciudad universitaria por excelencia fue el viaje que me llevó de alguna manera a escribir este libro. En mi paso por la Universidad participé en la militancia estudiantil, en cada marcha al puente Pueyrredón exigiendo justicia por la masacre de Avellaneda. Y luego comencé a interiorizarme en el femicidio de Sandra Ayala Gamboa, mujer peruana asesinada en el ex edificio de ARBA en el año 2007. Ahí di mis primeros pasos por el activismo antipatriarcal y feminista, hasta que con el encuentro con Luciano Fabbri, luego de conocernos e intercambiar ideas, conformamos el Colectivo de Varones Antipatriarcales en el 2009. Y de la mano de ese proceso mi ingreso laboral a la Comisión Provincial por la Memoria, a trabajar en el ex archivo de la DIPPBA.

Allí conocí lo que la inteligencia elaboró en cuestiones de seguimientos a personas por su militancia no solo en las década de los sesenta y setenta, sino también en contextos democráticos. En el año 2012 comencé una investigación en el archivo buscando cómo la policía había llamado a los desviados sexuales. Hasta ese momento no se había realizado ningún relevamiento. De repente los buscadores pasaban por primera vez por el tamiz de la disidencia sexual. “Infracción al artículo 68, preso por homosexual, amoral sexual, mujer hombruna, transexual” fueron las palabras que fui encontrando. Así la más sorprendente de

las caracterizaciones fue la de pederasta pasivo o activo, según correspondiera. También me fui encontrando con el prejuicio de los propios organismos de derechos humanos, que no veían en el mismo rango a un desaparecido o perseguido por razones políticas, que a un homosexual perseguido por su orientación sexual. ¿Cuál es el desaparecido, desaparecida legitimix? Me pregunté.

Después me interioricé en la historia del movimiento LGTBI de nuestro país y pude adentrarme en las discusiones de la época. Del mítico Frente de Liberación Homosexual (FLH), de sus militantes más reconocidos como la rosa Perlongher, la marcha del 25 de mayo de 1973 y su pancarta “Para que reine en el pueblo el amor, libertad a los presos políticos, FLH”.

Una editora una vez me repreguntó, en el intento de rearmar un artículo para publicar, si lo que quería afirmar era que había habido persecución a los homosexuales. Si era eso, me replicó que ya lo sabíamos y que en todo caso me preguntara qué era lo que realmente quería contar. Esa pregunta siguió resonando hasta el día en que a punto de cumplirse otro aniversario del Golpe Militar, hace dos años, comenzaron a aparecer las historias que se encuentran en este libro de crónicas.

Los informes de inteligencia hablan y dicen lo que quieren decir: y eso ya es mucho. Donde los agentes de la DIPPBA dicen pederasta, hay una persona seguida por la sospecha de ser homosexual. Donde la DIPPBA dice que un oficial

de la fuerza pierde los estribos y parece tener una relación amorosa con un ciudadano alemán, hay una historia que muere de ganas por ser contada. Las historias estallan al abrir cualquier documento del ex archivo de la DIPPBA. La ficcionalización de estas historias en Fichadxs, es la respuesta a un deseo oculto hace años de escribir historias de amor, en esta caso de personas del mismo sexo. Y el contexto en primera instancia es el de la Dictadura Militar, ya que es un tiempo que me ha obsesionado durante muchos años. Siempre me impactó por todo lo que fuera posible en esos momentos donde la vida de las personas estaba en poquísimas manos, donde el miedo era algo cotidiano y donde los sueños parecían a la vuelta de la esquina. Y además porque poco he escuchado sobre los putos, tortas y travas en los relatos de las memorias de aquellos años. Pareciera que el machismo argento no dejara salir del clóset las historias de los desviados, de los amanerados, las locas, las mariquitas que tanto hemos hecho en la construcción también de la rebeldía. O daría la impresión que con las leyes positivas hacia la comunidad no ha quedado nada más que reivindicar que los siete colores de la diversidad. La imagen de las parejas diversas, siempre es una imagen políticamente correcta: dejamos que nos respeten, que nos incluyan en las leyes, en el mercado y en la sociedad de familias bien. Pero las contrariedades nunca son legítimas: ¿Qué hay de las travas que no quieren que el Estado les reconozca el nombre que ellas han elegido durante los

últimos veinte años? ¿Qué hay de las locas del conurbano que no quieren matrimonio, ni boliches gay friendly? ¿Qué hay de las locas chupadas por los agentes de civil? ¿De las travas regenteadas por los mismos que subían el volumen de las radios para darle a la picana? ¿Qué hay de lo subversivo del ser marica, trava y torta? ¿Qué hay de los actos heroicos de dos tipos agarrados de la mano en una celda de un centro de detención clandestino? ¿Qué hay de heroico en la historia de amor de un oficial principal y un joven revolucionario? ¿Cuál es el heroísmo que hemos construido de lxs desaparecidxs? ¿Habrá que construir un relato de lxs desaparecidxs en clave LGTB?

No tengo ninguna de esas respuestas. Pero de algo estoy seguro, es que las historias que vienen a continuación tenían la necesidad de hacerse escuchar y me eligieron para que las escribiera. Tienen mucho de posible, por que hablan de lo que nos puede pasar a cualquiera: no siempre nos enamoramos de las personas correctas, en el sentido más amplio. Y aquí sí creo que estamos preparadxs también para aceptarnos contradictorios: así como algunas organizaciones se declaraban revolucionarias y buscaban ser portadoras del germen del hombre nuevo fueron taxativas alrededor de las relaciones de personas del mismo sexo.

El oficial principal, el joven alemán, la Rami, “el profe” y su alumno de Bellas Artes, son personajes entrañables que ya están en mi corazón y de todxs aquellxs que los quieren

guardar.

Quisiera terminar con alguna consigna que hable de los 400 desaparecidxs en clave LGTB, de su memoria, de la exigencia al estado de apertura de todos los archivos. También cabría una reflexión sobre la relación de la literatura y la construcción de la memoria de lxs disidentes sexuales. No es un tema que aborde de manera académica. Pero quisiera traer a la memoria que en el mismo año que la dictadura estaba ejerciendo todo su poder, Manuel Puig publicaba “El beso de la mujer araña”. Una novela que trató del heroísmo de una loca, encerrada con un militante a quien debía sacarle información, y quien termina ofreciéndose en martirio por la causa revolucionaria.

Por ahí habría que preguntarse si la incursión en la literatura para dar cuenta de estas otras historias, no será una respuesta que tiene relación con nuestro propio ser puto, trava y torta. Nunca hemos hablado de nuestrxs muertos desde un lugar solemne ni triste. Las conmemoraciones tampoco han sido solemnes, desde una nostalgia gris y agria. Nuestras melancolías siempre tienen todos los colores y todos los sabores del desencanto y la alegría. La literatura nos permite modificar el pasado, no para cambiar los hechos, pero sí para versionar lo que nos hubiera gustado que suceda con alguna de esas historias. No sé si el oficial principal, una vez dado de baja hubiera ido a los carnavales del Tigre, y si se hubiera montado, pero es una manera de darle la posibilidad de cambiar el destino,

como en teatro del oprimido, que existe la posibilidad de cambiar lo hecho en alguna circunstancia de nuestras vidas.

Mientras escribo estas líneas Diana Amancay Sacayán, fue asesinada. Una travesti visible y reconocida por las organizaciones sociales, por el Estado y por la propia presidenta que le diera en mano su DNI con su identidad autopercebida. Asesinada en plena década de los derechos civiles de la comunidad LGTB. Una traba que siguió siendo perseguida por la bonaerense y por la policía metropolitana de la ciudad de Buenos Aires. Cuando una traba es asesinada, todo el cielo se torna multicolor prometiendo la venganza en las luchas callejeras, que no cesarán mientras haya capitalismo, machismo, misoginia y transfobia.

Noviembre 2015

CP

Las historias que leerán a continuación surgieron a partir de datos obtenidos en los documentos provenientes del ex archivo de la DIPPBA. A partir de un dato o un hecho he recreado las historias escritas por los agentes de inteligencia de la bonaerense. Teniendo en cuenta que quiénes escribieron esos legajos lo hicieron catalogando, omitiendo y dando versiones hasta contrarias a lo sucedido, este cronista ha optado por imaginar otras historias, otros desenlaces, utilizando otros nombres pero siendo coherente con el contexto histórico y político del momento.

El Profe

POR EL DERECHO
A SER COMO
SE NOS DE.
LAGANA

El Profe

Han terminado los últimos exámenes y el Bachillerato de Bellas Artes se prepara para la gran apuesta anual que son las ferias de ciencias de fin de año. En estas ferias los grupos de profesores y alumnos demuestran el trabajo que han estado realizando los ocho meses de cursadas. Son los sesenta: imaginación por todas las paredes de las escuelas, jóvenes discutiendo el “Manifiesto Comunista”, “El segundo sexo” de Simón de Beauvoir y mirando con romanticismo la Revolución de los barbudos en ese pequeño país llamado Cuba.

También se habla en los pasillos de los grupos de mujeres autónomas que se juntan para “autoconocerse”. Las chicas del sexto año han tenido acercamiento con esas universitarias, que les relatan las experiencias en los talleres íntimos, donde las participantes reconocen sus órganos sexuales y todos los beneficios que otorga el clítoris a la hora de descubrir el placer.

Mientras que se traducen textos de las Panteras Negras y su apoyo a los movimientos de liberación sexual y de homosexuales, llegan noticias de mujeres marxistas organizadas alrededor de la demanda del reconocimiento del trabajo doméstico, denunciando la naturalización de esa tarea en manos de las mujeres.

La feria de ciencias, en este contexto no es como la de otros años. Los temas de esta nueva exposición marcan un antes y un después con todos los condimentos de lo que

experimentan los estudiantes. También es importante la demostración de lo trabajado para aquellos que pretenden ingresar al Escuela Superior de Bellas Artes. Allí se conocen los trabajos de los alumnos que podrían brillar más adelante en el ámbito del arte y la cultura local, y también nacional.

La diva del departamento

En medio de este contexto, un grupo numeroso de estudiantes está maravillado con la personalidad del Jefe del Departamento de Historia y Geografía, conocido ampliamente por el “profe” Martínez. Goza de un estrellato entre los alumnos por su capacidad de captarlos con historias de sus viajes por Europa y varios países de Latinoamérica. El profe tiene un estilo totalmente innovador en su manera de dar clases: suele proponer rondas de diálogo, conversatorios sobre los temas que sus alumnos proponen: un verdadero ejemplar de la nueva pedagogía democrática dando vueltas por las diagonales de la ciudad capital.

Las chicas conversan con él sobre sus novios, ellos sobre las posibilidades de encararse a las chicas más lindas del curso, y también cómo discutirles política. Sin embargo la sospecha siempre está a la vuelta de la esquina: Martínez comparte su departamento con otro profesor, no se le conoce novia y siempre está rodeado de jovencillos.

En cada vuelta de sus viajes trae literatura inédita, por la

cual sus alumnos hacen largas esperas para poder leerlas en los recreos. Los préstamos los canceló luego de que las devoluciones se hicieran casi imposibles en los últimos años, por los egresados que no se los devolvían más.

Pero lo que más atrapa es su manera de comunicarse: por momentos refiriéndose a él mismo en femenino, sin ningún prejuicio al hablar de los amoríos propios y ajenos, una total diva enclavaba en el departamento de historia y geografía de la Escuela Superior de Bellas Artes. También es profesor del colegio Liceo Mercante y del Normal N° 2 de la ciudad.

Antonio Martínez, es un profesor que está por llegar a los cuarenta años. Se dice en los pasillos que años atrás, engatusó a uno de sus jóvenes alumnos: Hernández, el joven estrella de Bachi. No solo era el más inteligente en las ciencias sociales, sino también un referente del centro de estudiantes. Ariel Hernández se había unido al profe Martínez de tal manera que cualquier excusa era válida para llamarlo a su casa, para hablarle en los recreos o pedirle de tomar un café por fuera de la escuela para hablar sobre teorías que seguramente él tendría más claras.

Las autoridades del colegio habían mandado a tapan una pintada del patio que rezaba “Martínez y Hernández” dentro de un corazón de color rojo. Era tan evidente la fascinación del uno por el otro, que nunca se animaron a contradecir ninguna habladuría.

Pero volvamos a finales del año 1967, donde los alumnos y docentes se encuentran terminando sus trabajos finales. Esa es una nueva oportunidad para demostrar el interés de todos en las ciencias sociales. Cada Feria, desde que estaba Martínez en la escuela, se ratifica el apoyo incondicional de toda la comunidad educativa hacia su trabajo pedagógico. Amigos y compañeros, enemigos y detractores asisten para ratificar la mirada o la crítica hacia el docente.

Por los pasillos no se para de hablar de “las nuevas propuestas democráticas” del docente de bellas. En el sector estudiantil el profe es el que banca las discusiones y se pone a buscar bibliografía para formar a los nuevos cuadros de la escuela superior.

En todos los colegios donde trabaja el profe, se han pedido informes a los directivos sobre su actuar, ya que ha estado generando muchos cuestionamientos a las autoridades de educación de la localidad. Llegó una denuncia anónima a la Central de Inteligencia de calle 54, pidiendo que se investigue relaciones del profesor, sus vínculos dentro y fuera del establecimiento.

Asunto: Informe Ambiental

“El causante se ha evidenciado a través de las investigaciones realizadas, como un elemento amoral, de ideas izquierdistas, que presenta una fuerte personalidad egocéntrica, circunstancias perfectamente establecidas en los antecedentes que se detallan a continuación. Con fecha del 20 de mayo

El Profe

de 1965, se inicia un expediente n° 1200-280.080/65 a raíz de una nota presentada por una profesora de la casa, en la que solicita la concreción de un sumario administrativo en su contra. Los fundamentos expuestos en dicha nota, dan la primera pauta de su personalidad de Martínez, pues mencionan que en su carácter de jefe de Departamento impuso a este un funcionamiento con “técnicas modernas” por las cuales “la lectura de un informe no puede ser interrumpida, ni se puede mantener diálogo”. Asimismo se menciona una crítica efectuada por el causante durante una reunión, en la que acusó a la profesora iniciadora del sumario, de “chismosa de pasillo” a raíz de que esta lo había tratado de socializante, se había inmiscuido en su problema sexual y enjuiciado su actuación como jefe.”

10 de Mayo de 1967

Mientras se realizan las últimas reuniones de balances entre todos los docentes y en breve la cena de fin de año, todo pareciera marchar con normalidad. En reunión de profesores, al terminar la discusión del calendario de la feria, la profesora Patricia Bustos pide la palabra y entrega unas hojas a cada uno de los presentes. Se trata de una carta pidiendo que se inicie un sumario administrativo en contra del profesor Martínez. Su justificación tiene relación con la sospecha de que el profesor pudiera interferir en la educación de todos los alumnos y los llevara a cometer actos inmorales. Esta docente ha tenido varios cruces con

el profe de historia, por diferencias en su metodología “socializante”. Para ella, una cincuentona tradicional y proveniente de Villa Cañas, las clases del profesor Martínez son un tanto desordenadas, con mucho tiempo dedicado la charla y poco afianzamiento de los contenidos. Y luego del altercado en la sala de profesores, donde él le había dicho “chismosa de pasillo”, se había decidido a iniciar el proceso administrativo. La docente se jactaba de haberse cruzado a Martínez y Hernández por fuera del colegio. Todas estas circunstancias la hacían acreedora de un privilegio: dar por ciertas todas las habladurías que se decían sobre Martínez.

El esposo de la docente es un agente de investigaciones de la ciudad, con relaciones en el edificio de la central. Ella le advirtió de esta situación para que estén atentos en la central, por si era necesaria alguna pesquisa ambiental, para terminar de comprobar los comportamientos amorales del docente, porque ella “estaba segura de su indecencia”.

El profe tiene conocimiento de los edictos con los cuales que detienen los actos amorales de pederastas y era algo de lo que se había cuidado muy bien. Había sido selectivo con tener amistades con hombres amariconados para eliminar sospechas sobre su verdadero deseo. Por eso viajaba mucho: allí en otros lugares se permitía vivir algún amorío de verano.

Sus regresos a la ciudad de La Plata los sentía como verdaderos escarmentos por su imposibilidad de vivir plenamente su deseo. Varias veces de regreso a su casa en la compañía de algún profesor, percibe como si se multiplicaran las miradas sobre su nuca. Por momentos cree que está siendo seguido. Las locas son per seguidas, había escuchado alguna vez, pero nunca más había vuelto a saber sobre esas palabras. Pero son seguidas, eso era claro, pero él no es ninguna loca. Él es un reconocido profesor de Historia, intachable en su currículum.

El encuentro con la docente Bustos aquella vez y el ex alumno había sido determinante. No sabía cómo hacer para no sentirse observado y culpable.

Solía encontrarse con un grupo de alumnos en su casa de calle ocho, en los comienzos de los sesenta, pero el altercado con Bustos lo había puesto en sobre aviso y prefería juntarse en lugares públicos, donde todos pudieran ver que sus reuniones por fuera del establecimiento podían hacerse a la luz del día, porque no era ningún desviado.

Antonio ese día no había concurrido a la reunión, estaba con los alumnos ultimando detalles de la muestra en el salón de actos. Cuando regresó a la sala de profesores, vio la cara de todos los presentes y preguntó si sucedía algo. El profe de Literatura, amigo personal de él, le dijo lo que estaba aconteciendo. Martínez no pudo con su genio, y empezó a preguntarle a la profesora Bustos qué era lo

que buscaba con toda esa puesta en escena. Muchos de los docentes intentan calmarlo diciéndole que la dejara, que el sumario tuviera su cauce, que seguramente no tendría mucho asidero ya que su trayectoria era más importante que todo lo que decía de él. Bustos dijo que tenía el apoyo de varios docentes que veían en su pedagogía las mismas arbitrariedades que se cometían en los países donde había comunismo, y que su dudosa moralidad era el dato definitorio para su permanencia en el establecimiento.

El profe sale todo nervioso de la oficina, sus alumnos lo esperaban en el patio para matear y terminar de discutir detalles de la muestra, que este año habla de las sexualidades a través de la historia. Cuando sus alumnos lo ven desahogado, agarrándose la cabeza y limpiando sus gafas intermitentemente, le preguntan qué le pasaba. Con los ojos desorbitados intenta explicarles lo que estaba ocurriendo. Cuando uno de los alumnos trata de interpretarlo le dijo:

- ¿A usted lo quieren echar por homosexual?
- Sí, es así gurí, parece que la Bustos inició un sumario en contra mío, por ideas izquierdistas y por amoral. Le contestó ya más calmado Antonio, limpiándose con un pañuelo violeta la transpiración que le caía desde la frente.

El revuelo comienza a gestarse entre la muchachada. Unos arengan que si lo echan no hacen la muestra, que la mues-

El Profe

tra tenía que llevar un lema: “por el derecho a ser como se nos dé la gana”. Que al día siguiente harían una sentada hasta que el sumario se diera por terminado, y que no había ninguna dudosa moralidad, que eran más inmorales las autoridades si pretendían que un rumor malintencionado pudiera más que todo el conocimiento que Martínez compartía con los jóvenes del Bachi.

Al día siguiente llega a las siete y cuarto de la mañana con la esperanza que todo hubiera pasado y que lo del día anterior hubiera sido sólo una locura de fin de año. Cuando se va acercando al establecimiento empieza a escuchar murmullos, y mientras da la vuelta en la esquina, ve a algunos de sus alumnos sentados en círculos debatiendo, otros pintando unas banderas que decía: “¡El profe Martínez del Bachi no se va!”. Allí mismo comienzan a caerles lágrimas de ver a esos pibes tan apasionados en su defensa. La última vez que había llorado tan aguerridamente, había sido el día en que Ariel se despidió de él cuando partió a España en un viaje obligado. Su familia se había enterado de su romance, y luego de unos días de encierro, lo habían enviado a su hijo a otro país.

Historia del joven maravilla

El joven maravilla había sido delegado de su curso en los cinco años transcurridos en el Bachi. Era el segundo del profe, así le decían en su grupo de amigos más cercano. Los amigos más íntimos le alertaban sobre las sospecha

de que Martínez fuera pederasta, pero nunca respondía a esas afirmaciones.

Esta relación casi simbiótica entre profesor y alumno estaba en pleno auge en el año 1963, en el quinto año del joven maravilla. El último año siempre tenía algo de nostalgia, de mirar hacia atrás, de ver qué vas a ser el resto de toda la vida que te queda por delante y en eso, mucho deseo de explorarse. Eso sentía Ariel, muchas ganas de explorarse, y el profe era quien le producía todo el tiempo esas tremendas ganas.

Las miradas en las clases, la complementariedad en las ideas era algo que les llamaba la atención desde siempre. Ariel y Antonio poseían un código difícil de visualizar, un código casi mágico. Cuando alguno de los dos se sentía triste, se pensaban. O cuando había una enorme alegría, también se pensaban. Y al día siguiente la promesa de verse en la clase, o en los pasillos del bachi era la esperanza del encuentro, que el corazón latiera en la búsqueda de la misma sensación una y otra vez.

El profesor había estado cesanteado en el bachi, por su reivindicación del peronismo y de la clase trabajadora en alguna de sus clases. Había sido tildado de peronista por un hijo de terratenientes y había sido la razón para estar unos cuantos años guardado. En ese ínterin trabajó traduciendo textos para un grupo selecto de intelectuales, que estudiaban literatura francesa.

Le habían dicho que dejase pasar unos años y que vuelva

a hablar con el director. Y así fue que en 1960 regresó al Bachi y conoce al joven maravilla.

La historia podría resumirse contando el primer encuentro por fuera de la escuela, en ese mismo año, 1963. Antonio le había pedido la devolución de unos manuscritos en el que trabajaba y se había olvidado de llevarlo al día siguiente, y el joven había propuesto pasar a dejárselos por su casa. Así Ariel pasó por el departamento del profe alrededor de las siete de la tarde. Entrando a la casa del profe, comienzo a mirar con sorpresa toda esa casa llena de libros, cuadernos de viaje y fotos de lugares extraños.

Entre café y café conversan sobre esos viajes, sobre las cosas raras que ha visto y oído el profe y también Ariel se animaba a preguntarle sobre su vida personal, si salía con alguien, si había estado de novio y cómo había sido su primera relación sexual. El primer silencio se produjo después de mucha conversa, y se miraron y el profe petrificado decide salir del momento diciéndole que la primera vez no será nunca la mejor. Que hay que sacarle todas las expectativas que tiene la primera relación sexual, que por eso los muchachitos suelen estar primero con una prostituta para luego tener experiencia con sus propias novias y no quedar como papanatas.

En esa salida, Ariel se atreve y le pregunta:

Disculpe profe, usted sabe el cariño que tengo por usted

y el respeto sobre todo, pero quisiera saber por qué dicen que usted es un perverso.

¿Eso lo quieres saber en serio? Retrucó Martínez en una especie de categórica carta a jugarse.

Sí claro profe, es que no se entiende qué quieren decir con eso.

Bueno, si preguntas es por que querès saber. Yo no me siento orgulloso de lo que siento, eso debo aclarártelo, pero es lo que me sucede. Yo no tuve novia, o mejor dicho: tuve novias de adolescente pero nunca tuve una relación sexual con ninguna mujer, por que me siento mejor con hombres.

El silencio de nuevo los tomó por sorpresa a ambos, mientras Ariel se rascaba detrás de la oreja como tomando valentía para continuar con la conversación.

Entonces a usted lo llaman perverso ¿Por eso?

Exacto Ariel. Espero que luego de esta confesión no me mires raro, ni te dé vergüenza que te vean en el patio de la escuela conmigo.

Jamás profe, usted sabe que yo lo admiro mucho y nada podría alejarme de usted.

El Profe

Nunca más volvieron a hablar sobre el tema, y la confianza creció aún más entre ellos. Llegó la feria de fin de año, ambos trabajaron codo a codo con todo lo necesario para que estuviera la visión de los estudiantes en el stand de “¿Para qué estudiamos?”, donde se podían ver relatos de los y las estudiantes sobre qué hacer en adelante con todo lo que habían aprendido en el bachi.

El acto de fin de curso el año que egresó Ariel, en el brindis, el estudiante lo había buscado para brindar con él. Ese día le había dicho:

Brindo por usted profe, para que nos volvamos a encontrar por la vida.

Esa promesa había quedado guardada en la memoria de los dos.

El reencuentro

En los siguientes años no volvió a verlo a Ariel, pensó que habría conocido a alguna jovencita de la facultad, o que se había ido a estudiar lejos. Pero un día cruzando la Plaza Rocha se lo cruzó al joven repartiendo volantes para una variedad cultural en su facultad. La sorpresa de ambos fue tal que Ariel corrió a saludarlo, y en el trajín se le cayeron todos los volantes que su compañero de volanteada tuvo que ir recolectando detrás de él. Allí quedaron en verse en

la plazoleta de 8 y 61 una hora después que ambos se liberaran. Una vez allí en esa pequeña parcela Ariel se prendió un cigarrillo y le convidó a Antonio. El profe le agradeció y le dijo que quería llegar sano a los treinta y cinco. Ariel se largó a reír y le dijo:

Yo no creo conocer persona más sana y culta que usted profe.

No me tutees más Ariel, ya no estamos en el bachi, somos dos personas charlando en la calle.

Tiene, tenés razón Antonio, somos dos personas por fuera de la escuela. Eso está bueno ¿No?

Sí claro Ariel, vos ya sos adulto, estudias, haces volanteadas y seguro andarás en amores con alguna chica.

No se equivoque Antonio, tengo mi corazón reservado para alguien especial y cuando llegue el momento veremos qué hacer.

Cuánta intriga Ariel. Pero bueno, no te invito a casa porque hay un compañero profesor del Liceo que está parando momentáneamente.

Y vayamos a caminar por ahí profe, perdona: Antonio.

Caminaron varios minutos por calle ocho cerca del bachillerato y de la escuelita de Trabajo Social. Se cruzaron con algunos hombres que los miraban con atención y de una manera poco común. Ninguno de los dos sabía que era zona de levante entre machos, sin querer la estaban inaugurando juntos.

Esa noche quedaron en verse en la variedad de los estudiantes, donde estaba Ariel como organizador. Se dieron un abrazo y cada uno se fue por un lugar diferente.

Antonio temblaba de la alegría de volver a verlo a Ariel, y el joven maravilla estaba más entusiasmado que el día de su egreso del Bachi.

Al día siguiente el profe retomó sus actividades en el Bachi, caminó por las mismas cuadras que la noche anterior y sonrió al mirando hacia arriba. Hacía mucho tiempo no sentía un optimismo de película romántica.

A Ambos les había quedado en la retina el paseo de hombres caminando y mirándose en calle ocho. A Ariel particularmente le había quedado la imagen de un hombre que le guiñó el ojo. No había querido decirle nada a Antonio por las dudas se distrajeran de la charla de reencuentro.

La variedad estaba llena de estudiantes universitarios y de otros más jóvenes colados de algunas de las escuelas de la ciudad. Ese día se leería un manifiesto de la cultura juvenil, retomando otros manifiestos que estaban circulando como el de los Muralistas de México, que con el resurgimiento de la actividad en 1965, se sacaban a relucir los

preceptos del Sindicato de Artistas, toda una apuesta en esta ciudad, del último país del sur.

Antonio llegó una hora más tarde de lo estipulado, no quería llegar primero y ver a muchos jóvenes y no saber qué hacer ni con quien relacionarse. Por suerte al llegar había tanta muchachada y gente de su edad que pasó totalmente desapercibido.

Se pidió un vino y se sentó en una banqueta donde había unos estudiantes discutiendo el volante de los artistas. Un par de ellos habían sido sus alumnos.

Profe Martínez ¿qué hace por acá? Le preguntó un ex compañero del joven maravilla.

Acá viendo lo que hacen, está muy bueno el volante y el lugar. Los felicito.

Qué bueno profe que haya venido, mucho de esto se lo debemos a usted. ¿Lo vio al Ariel, anda por ahí en la barra?

Sí, luego lo saludaré, contestó intentando no sonar muy ansioso.

Al rato pasó corriendo por su costado Ariel y no lo vio, y cuando pegó la vuelta le sonrió diciéndole

Antonio, pensé que ya no venía.

El Profe

Cómo no iba a venir Ariel. Muy completo todo, el volante la propuesta y el lugar. Se nota que han trabajado mucho.

Sí, hay otros compañeros del bachi y siempre nos acordamos de sus clases y su apoyo a nosotros, esto también de alguna forma es gracias a vos.

No, ustedes son muy activos Ariel y les encanta generar revuelo por todos lados.

Deme cinco minutos que busco alguien que me remplace en la barra y charlamos, le dijo sin que Martínez pudiera oponerse.

Al rato estaban charlando entre vino tinto, tabaco negro de Francia que fumaba Ariel y hablando del manifiesto. Entre vaso y vaso de vino, de empanadas que habían hecho los compañeros del barrio donde participaban el joven le preguntó a Antonio:

Y su manifiesto ¿Cuál sería o cómo sería? ¿Qué manifestaría?

El profe ya más relajado le contestó con su mejor sonrisa:

Uno que hable del amor por sobre todas las barreras Ariel. No el amor romántico de esos de las historias de Corín

Tellado. Te hablo de esos amores a prueba de todo: de guerras, de prejuicios, sobre todo de prejuicios.

El joven pensó que había sido la mejor sonrisa que le había visto a Antonio. Estaba como hipnotizado. Le sonrió y le contestó:

Eso es posible, yo creo, quiero creer que es posible Antonio. Yo no sé lo que es el amor, nunca tuve un amor, nunca me besé con alguien apasionadamente, pero créame que me muero de ganas.

Ahora créeme a mi Ariel, eso lo sentís acá, se levanta y le toca el pecho, cuando lo sientas ahí no dudes, es ahí el lugar.

Ambos estaban rodeados de estudiantes, de chicas bailando, de muchachos discutiendo y haciendo el cuatro para dar cuenta de que no estaban borrachos. Unas guitarras se escuchaban de fondo y el profe se vuelve hacia su silla y le dice:

Ahora el que siente que tiene que salir corriendo soy yo porque me meo Ariel. Decime dónde está el baño.

Venga, perdón: vení que yo te acompaño, está medio oscuro la letrina.

Se abrieron paso entre la muchedumbre, cruzaron un patio con focos pintados de colores y doblaron a la izquierda y llegaron a un cuartito con un inodoro y un lavamanos.

Es acá Antonio. Yo le cuido la puerta así no se le mete ningún pibe borracho.

No te preocupes Ariel me puedo cuidar.

Sí ya lo sé Antonio, pero déjese cuidar un poquito hoy.

Mientras esperaba afuera el joven intenta prenderse un cigarrillo y al errarle, se da cuenta de que está mareado, no había caído en la cuenta que estaba tan borracho.

¿Estás bien joven maravilla? Le gritó desde el baño el profe Sí, sí ¿Porque lo pregunta?

Sentí como que te caías.

No Antonio es que me estoy pillando yo también ¿Me deja entrar?

¿No podes esperar? No terminé de pronunciar la pregunta que Ariel estaba dentro con Antonio. Se estaba lavando las manos y le dijo

Bueno ya estás adentro meá tranquilo.

Ariel puso la traba a la puerta del baño le agarró las manos, miró a los ojos y le cuestionó:

No sabes los años que soñé con esto: que me miraras no

como un estudiante de secundaria, ni como un niño. Que me miraras como un hombre y que me agarraras de las manos y me mires como me estás mirando ahora.

Antonio inmaculado de la sorpresa le apretó fuerte las manos y suspiró:

Estamos refritos Ariel.

Eso qué quiere decir Antonio, dígame algo ¿Qué le pasa a usted conmigo? ¿Es solo que sigue su rol de profesor o está acá porque me vino a ver? Dígame la verdad, después veremos cómo hacer para enfrentarla.

Antonio le suelta de las manos, lo agarró por la espalda y le llevo su cabeza a su pecho.

Ariel estoy acá porque no puedo dejar de pensar en vos.

El joven maravilla consternado por el alcohol y la situación comienza a llorar compulsivamente. Lo abrazó fuerte y cuando calmó la intensidad del llanto, levanta su cara y le da un beso en la mejilla. El profe se deja llevar y lo comienza a besar por los ojos, la nariz, prueba de esa agua que sale de los ojos del joven y siente que es la peor droga que jamás haya probado. Cuando al fin llega a su boca, los amantes se pierden en una búsqueda de humedades a descubrir. La respiración de cada uno va en aumento. Ariel lo lleva al profe contra la pared en un arrebató, y el joven maravilla prueba el placer del cuello y las orejas. Los amantes exóticos saben dónde están los lugares que los pueden llevar a las estrellas.

El Profe

En el instante donde los besos y las caricias ya se habían afianzado en esos lugares cómodos tocan la puerta diciendo:

¡Ey muchachos necesito hacer pis, vayan para otro rincón a besuquearse!

El susto fue tremendo, pero el joven maravilla salvó la situación en un instante.

Rajá de acá Colo, que estoy ocupado, después te paso un cigarro franchute.

Así lograron salir del apuro de ser vistos por el Colo, otro ex alumno del profe.

Luego de la interrupción se miraron sin decirse nada. Antonio le dijo que saldría primero él, iría a la barra por un vino y preguntaría por él. Y que él debería caer en diez minutos. A Ariel le pareció atinado y comenzaron el plan de vuelta.

El profe estaba en la barra tomándose no sabe ya qué número de vaso de vino y trató de tranquilizarse. Pensó en irse corriendo del centro cultural y desaparecer de la vida de aquel ex alumno, pero no podía ser tan cobarde. Acababa de decirle que su manifiesto era por el amor, el amor a prueba de todo y no podía correr por el miedo a vivirlo. Al rato llegó el joven y le dijo:

Ey profe, estaba acá lo había perdido de vista.

Se pidió otro vaso de vino y trataron de conversar sobre las

cosas que charlaban antes de que sucediera el encuentro en el baño.

No puedo, no puedo hacer como si nada Antonio, vámonos a su casa.

Ariel, debo confesarte que me estoy muriendo de miedo. El amor a prueba de todo es difícil.

No me diga que se va a rendir, porque eso sí me dolería muchísimo.

No me trates de usted por favor, que hace todo más difícil.

Bueno Antonio, de su mano yo me animo a todo, vámonos.

No, hagamos una cosa. Yo me voy y mañana tranquilos nos vemos y hablamos de esto ¿Te parece?

¿De qué vamos a hablar? Yo quiero estar con vos.

Igualmente, yo me voy ahora. Vos termina con tus cosas acá y cuando termines andá para mi casa.

Hecho Antonio, termina esto y me voy a verlo.

El profe salió despidiéndose de algunos ex estudiantes, volvió a felicitarlos y se fue mirando hacia abajo. Al llegar a la calle le dieron una ganas locas de fumarse un cigarrillo. A una cuadra de llegar a plaza Rocha se cruzó a un joven medio desalineado y le pidió un cigarro, y el joven le tiró un beso hacia el aire y le dio un cigarrillo negro.

De repente la gente estaba llena de amor pensó irónicamente el profe, y se fue fumando a su casa. Al llegar estaba tendido en el sillón su compañero del liceo, lo despertó y le pidió que se fuera a su habitación. Ordenó algo la cocina y su habitación. Hacía tanto que no estaba con alguien que no sabía cómo debía comportarse. Trató de hacer cosas para no dormirse, no era noctámbulo, pero no se podía permitir dormirse a la espera de su chico maravilla.

Cuando ya había terminado de poner una manta en el sillón para que quedara tendido Ariel, sintió unas piedritas que caían sobre el techo y pensó que ya había llegado. Lo vio a Ariel sonriente esperando en su puerta, y antes de que comenzaran a ladrar los perros o se comenzaran a levantar los vecinos salió a abrirle. El joven le dio un beso en la puerta y el profe lo retó como profe.

No, no me beses afuera, ¿Sabes el quilombo que se arma si nos ven?

Si, déjeme decirle profe. Estaba pensando que estamos metidos en un flor de bolonqui.

Bueno no hablemos de eso ahora.

No, no hablemos profe. Quiero ir a su habitación, vayamos a su habitación.

Antonio lo agarró de la mano y lo llevo a su pieza. Apagó la luz y encendió el velador de pie. Lo comenzó a besar mientras le sacaba esa camisa beige mal abotonada. Los pantalones le quedaban grande pensó. Ariel repitió el acto a su vez con el profe.

Qué rico olor tiene profe en el cuello, qué rico.

Si me duermo Ariel no salgas de la habitación que está el profe de matemáticas, acodarte.

No profe, no me voy sin antes avisarle.

La noche para ambos sucedió entre cosquillas, besos, abrazos y roces de sus genitales. El profe eyaculó varias veces y su joven maravilla no tantas como habría querido. Se quedaron dormidos cuando recién comenzaba a cantar el gallo de las cinco. El profe sentía cómo su respiración se topaba con el cuello de Ariel y pensó que eso era el amor y se durmió.

El joven maravilla se levantó varias veces al baño, había tomado mucho y se le daba vuelta todo. De a ratos se desper-

El Profe

taba y agarraba la mano del profe y se la llevaba al corazón y repetía en voz baja:

Sienta esto profe, sienta cómo va este corazón.

El joven regresaba del baño y el profe se despertó medio asustado.

¿Ariel qué haces?

Me visto profe, me tengo que ir a casa sino mis viejos me echan.

Sí, anda. Te alcanzo hasta la parada de bondi si querés.

Bueno, si quiere vamos.

Ambos salieron por la puerta del garaje, subieron al auto y fueron hasta calle 13 y 72 para que Ariel tomara un colectivo. Lo saludó con un beso en la mejilla y corrió hasta la parada que estaba llegando el colectivo de las siete y media.

Al subirse se sentó en un banco de dos personas y alguien lo llamó con la mano desde atrás.

Hola ¿No te acordás de mi Hernández?

Hola profe Bustos, no la había visto.

¿Qué hacés por estos pagos? ¿Vos no sos de Ringuelet?

Sí es que me quedé a dormir en lo de un amigo, porque ayer salimos.

Ah bueno. Estarás cansado.

Si, si, nada que no se arregle con una buena siesta.

Se dio vuelta y pensó en todas las posibilidades de que la Bustos lo haya visto bajarse del auto del profe. Sacó cuentas, y sintió un escalofríos tremendo por haberse encontrado a las siete y media de la mañana a la cabrona y chismosa de la Bustos.

Y detrás de él, la Bustos, contenta por haberlo visto bajar del auto del profesor Martínez. Ya tenía el dato que le faltaba para darle a su esposo en la central de inteligencia. Qué podría estar haciendo un joven con una persona mayor a las siete de la mañana de un domingo, se dijo.

Los finales felices no existen

Luego de ese encuentro habían pasado semanas donde los padres del joven maravilla no lo dejaban salir a su hijo. Habían tenido un llamado que les había dado el dato. Desde ese día lo habían interrogado día tras día para que confesara sobre qué le había obligado a hacer el famoso profe Martínez. Ariel nunca contestó una pregunta sobre el asunto, tal fue su silencio que sus padres se indignaron y decidieron la solución final: mandarlo a Europa, donde tenían familia para sacarlo de la mala influencia que estaba siendo la ciudad.

El único que tenía acceso a ver a Ariel era el Colo, ya que

su familia era una de las más adineradas de la ciudad y además porque sabía hacerle bien el tonto en cuestiones políticas. Con la noticia de su viaje y encerrado en su casa Ariel no pudo menos que contarle lo que había pasado a su amigo. El Colo lo único que dijo fue que ahora entendía tanto encierro de semanas y semanas. Y también entendía que lo hacían por su bien sus padres. Ariel le dijo que no necesitaba más pálidas, que solo le pedía un favor, el último favor de su amistad, ya que sabía que iban a pasar muchos años hasta que se volvieran a ver.

Antonio intuía que el silencio y la desaparición de Ariel algo malo entramaban, pero no podía preguntarle a nadie. Y por las dudas no aparecería por el centro cultural, si la cosa estaba jodida, eso lo empeoraría.

Al terminar la jornada un día viernes en el Bachi apareció de repente el Colo en la sala de profesores. Le dio un sobre lo miró y le dijo:

Yo no sé qué le hizo al Ariel, pero me pidió que le entregara esto.

Y así como pareció, desapareció sin dejarle posibilidad de retrucarle palabra. Se fue al baño del Bachi, entró a una de los apartados y se sentó en un inodoro. Abrió el sobre hecho de una hoja con renglones y vio la palabra “Profe”, y luego de leer todo lo que decía bajó la cabeza para respirar.

Era jodido respirar en un baño de adolescentes y encima con la noticia que recibía. Salió, metió la carta en el bolsillo y se lavó la cara cuantas veces pudo.

Firmó el libro de actas, agarró su bolso lleno de trabajos y se fue a su casa. Allí seguía su compañero del Liceo. Este amigo estaba en plena separación con su esposa. Lo había agarrado infraganti con un amigo en su casa, un día que no debía llegar ella. Otro pederasta y la lista crece. Le contó la buena noticia y su compañero de vivienda lo abrazó y le sirvió un whisky.

Al día siguiente salieron temprano al Aeropuerto. A las 14hs salía el avión del joven maravilla para España. La carta de Ariel decía que lo esperaría a las 11hs en el baño del aeropuerto. Una vez allí los padres no estarían siguiéndolo como todas estas semanas. Así era que se podrían ver en tranquilidad.

Una vez en el aeropuerto Antonio le pidió a su compañero que fuera antes a fijarse si lo veía a Ariel y a su familia. A los minutos volvió y le dijo que sí, que estaban en el bar y que el joven lo había visto y le había guiñado un ojo.

Yo que vos voy ahora al baño, aunque falte para la hora.

Antonio se había afeitado y se había puesto una campera de jeans para no quedar muy de persona grande. Fue directamente al baño y se quedó detrás de la puerta. Unos segundos después llegó Ariel.

El Profe

Profe, no me dejaban salir. Alguien llamó a casa y dijo que nos había visto y no me dejaron salir más. Esta es mi primer y última salida.

Ariel, me lo imaginé. Angelito mío ¿Dónde te mandan?

Me voy a España, allá tenemos familia y un negocio donde voy a trabajar hasta que a mis viejos se les pase esto. Dicen que es una etapa, que ya se me va a pasar. Yo creo que no. Y no te preocupes, que negué cada cosa que me han preguntado.

Tranquilo mi cielo, te creo, claro que te creo.

Se besaron, y todo tenía gusto a poco. De ahora en adelante todo tendría gusto a poco o a nada. La nada misma eran esas nubes que el joven veía desde arriba del avión, de frente al sol, al sol argentino que lo alejaba de su profe. No habían finales felices pensó y lloró tanto como pudo, tanto como se le dio la reverenda gana. Una señora que viajaba al lado de él le agarró el brazo y le pasó un pañuelo. Lloró como la primera vez que besó al profe y se prometió volver a la plazuela de calle 8 y 61 a buscarlo alguna vez a Antonio.

Parte de inteligencia

“Según las declaraciones efectuadas por la Profesora Nor-

ma Bustos, podemos considerar que el Profesor Antonio Martínez, Jefe del Departamento de Historia y Geografía del bachillerato de Bellas Artes, ha incitado a actos amorales a un joven de buena familia de esa institución. Luego de esta advertencia se han proseguido a realizar las averiguaciones pertinentes y es pertinente aclarar que dentro de la comunidad educativa goza de buen prestigio. No así en su barrio, ya que es considerado amoral sexual, que suele pernoctar con hombres de su edad y no se le conoce relación alguna con mujer. Con estas últimas averiguaciones podemos asegurar la mala vida del ciudadano en cuestión y se aconseja a la dirección del establecimiento que se le dé curso al sumario administrativo elevado por la citada profesora. Habiendo terminado el trabajo, le dejamos un cordial saludo a usted y su esposa.”

En 1969 salía por primera vez el simple de Serge Gainsbourg que lo grabara con su novia, la actriz Jané Birkin, el famoso tema “Je t’aime moi non plus”. El joven maravilla escucharía su letra a miles de kilómetros de su profe. Cada respiración de los intérpretes era muy parecido a lo que le había pasado con el profe: “Je t’aime, je t’aime, je t’aime...”. “Voy y vengo, entre tus caderas. Voy y vengo, entre tus riñones. Tú eres la ola, yo la isla desnuda. El amor físico es un callejón sin salida”. Las crónicas de la época cuentan que la primera versión del tema más romántico de la historia, lo habría grabado con la actriz del momen-

to Brigitte Bardot en el año 1969. Y que para lograr que los gemidos sean lo más reales, tanto el cantante como la actriz se masturbaron para grabar la canción. “La canción pinta el amor elevado, es como la represión de no poder alcanzar nunca el amor físico hasta grados superlativos. El propio tabú del sexo”, escribiría un crítico de música en el diario nacional de la España de finales de los sesenta.

El oficial y el revolucionario



Crónica realizada en base a un legajo proveniente de la DIPPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires). El legajo es el de Mesa "Ds" (Delincuentes subversivos) Varios N° 12.457. Lleva el título de "Investigación sobre el Oficial ————", con fecha del 17 de enero de 1979.

La llegada

Llegó a Retiro en una madrugada de marzo del 76. Mientras se bajaba del colectivo, se dirigió a la fila donde los uniformados pedían la documentación. En el hall central había un revuelo a causa de la detención de un hombre y un menor por averiguación de antecedentes. El mayor, con imagen de padre de familia le reclamaba a su captor que no tenía idea de quién era el muchacho que se le había insinuado en el baño de la estación, que tenía una familia y valores. El oficial a cargo no dejaba de nombrar e 2h y algunas ofensas relacionadas con la moralidad.

El alemán no imaginó nunca que esa bienvenida sería el preámbulo de su destino.

El Frente de Liberación Homosexual había alertado desde el año setenta y tres sobre los edictos policiales. En su boletín “Somos” de septiembre de ese año escribían: “Para reprimirnos la Policía apela a los edictos policiales anti homosexuales. Estos fueron dictados por funcionarios policiales en distintas épocas sin pasar jamás por la aprobación del parlamento. Es importante aclarar que ni la Constitución ni el Código Penal establecen pena alguna contra la homosexualidad en sí misma. Los edictos policiales se refieren a: fiestas privadas, y a estar en la vía pública acompañado de un menor de edad.”

En las plazas se los llevan por maricones, en los baños por pederastas. En las estaciones de trenes por sospechosos

El oficial y el revolucionario

amorales y en los bares por libertinaje. Las corridas son comunes en cualquier intersticio, en cualquier rincón. Se confunden los subversivos con los amanerados. El silencio es la única ley y cualquier confesión puede llevarlos a la muerte.

John había aprendido castellano durante dos años con la intención de hacer un viaje a Latinoamérica para conocer las guerrillas de esta parte del planeta. No se sentía un ciudadano alemán común y corriente y su propia historia le generaba contradicciones. Igual algo sabía de antemano: creía que alguna vez sería protagonista de algo importante. El oficial principal de la Policía Bonaerense no había formado pareja alguna. Había tenido algún que otro encuentro sexual en las salidas de putas en la escuela de policía, pero nada formal. Lo había intentado con Luisa, una amiga del barrio, pero no habían “nacido el uno para el otro”, así le había dicho en una cita, cuando no pudo hacer el amor con ella.

“Nunca digas tu nombre”, sentencian en su cartilla de seguridad en el año que asume Cámpora, y donde los putos del frente han decidido ir a recibirlo a Plaza de Mayo con pancarta y todo. “Para que reine en el pueblo el amor y la igualdad, liberación de los presos políticos” pintaron en el lienzo que ya es histórico.

El seguimiento

Al director de Inteligencia, Sede Central

“Se estima que el mencionado ciudadano alemán ha ingresado al país por vía terrestre, desde el norte hasta la ciudad de Buenos Aires. Fuentes de la oficina de Migración aseguran que su documentación es real. Igualmente será observado durante diez días para dejar constancia de su no infiltración en la guerrilla. Cabe mencionar las últimas palabras esgrimidas por el personal de esa dependencia sobre la personalidad del inmigrante. Se aclaró que tenía modismos amanerados al caminar. Sólo a efectos de recaudar toda información a futuro es que agrego este dato. Seguiré manteniéndolo informado. Cordialmente Oficial Ppal. González”.

Raras veces el Oficial se metía en detalles de este estilo, pero era cierto que a veces personalizaba algunos casos. Desde la Dirección de Inteligencia le habían enviado algunas fotografías de este ciudadano alemán, que no sabía por qué llamaba su atención de una forma inusual.

Esa semana se llevó unos legajos a su departamento donde estaban fichados los ciudadanos de otras latitudes que eran investigados para saber de sus procedencias ideológicas. El oficial nunca había sido un ejemplo en visiones de seguridad, pero sabía que había que darle batalla a la subversión.

Ser Oficial Principal es una dedicación a tiempo completo para González. Pocas veces puede parar a descansar o a dedicarle espacio a otras cosas por fuera de la fuerza. Pero de vez en cuando llega a su casa con una botella de ginebra e intenta pensar en otras cosas. En esos momentos un poco más relajado se masturba y recuerda algunos cuerpos que no son de mujeres. Se transporta a sus épocas de comisario donde palpaba a los muchachos en los operativos previos a los clásicos, y se excita. Se le vienen a la cabeza imágenes de esos pequeños pantalones de los jugadores de fútbol, donde sobresalen sus bultos. Y ese día se le vino también la imagen de John. Cuando quiere acordarse en qué está pensado, eyaculó en el sillón, manchando las fundas tejidas al crochet por su abuela.

Al día siguiente su jurisdicción era la responsable de inspecciones sorpresa a los albergues transitorios de la zona. Estaba decidido en hacerlas en persona ese día. Limpiar las calles de amorales era una máxima en pleno Proceso de Reorganización Nacional. Esta vez conocía al regente del edificio que utilizaba el lugar para los amantes de toda índole: de habitación de trabajo para las putas y para los travestis.

Es la mañana del viernes 23 de Abril de 1976. En tres patrulleros y él a la cabeza entran al albergue Múnich. Sacan a todos a las patadas. Entre ellos a tres prostitutas, con tres clientes. En otra habitación hay un hombre disfrazado de mujer y dos jóvenes que no llegan a los veinte años. Y por

El oficial y el revolucionario

último a un hombre de unos cuarenta años con el alemán que están siguiendo desde la Dirección de Inteligencia. Tal es su sorpresa que apura el operativo y en menos de una hora liberan a los tres hombres luego de amenazarlos con llamar a sus hogares. Al travesti se le abre un acta por infracción al edicto 2h y queda detenido. Al hombre mayor lo obligan a firmar el acta donde debe aceptar ser homosexual y queda libre. Y aunque pide entre lágrimas no ser llevado en el patrullero hasta su casa, lo transportan sin consideraciones luego de que González le dijera que “el país no necesita de viejos pederastas”. Los dos jóvenes quedan liberados sin consecuencias legales.

Al término del operativo, y a la vez que se le exige al dueño del local las enmiendas económicas para continuar con el negocio del sexo, el Oficial se lleva al alemán a la comisaría. Allí lo interrogan durante cuarenta y cinco minutos dos comisarios rasos. Luego de no obtener ninguna información, decide llevarlo a la celda diminuta donde se apresan a los sospechosos de amoralidad sexual.

Ya de madrugada, mientras el ciudadano alemán dormita, entra el oficial con un vaso de agua. Intenta unas palabras en inglés, pero se da cuenta que el balbuceo no es entendido y le habla en castellano:

Ciudadano alemán ¿Es eso cierto?

Sí.

¿Qué se encontraba haciendo en el Munich?

Estaba pasando la noche.

Pasando la noche con otro hombre ¡Eso es pederastia!
No sé a qué se refiere Oficial, contestó con un castellano asombroso.

Me refiero señor a que se encontraba en un local de citas con otro hombre, ¿Usted es homosexual?

...

¿Es homosexual John?

...

Allí en medio de la luz tenue, con un fuerte olor a lavandina y ya medio alucinando el alemán lo mira a los ojos y se queda en silencio.

Ese momento para el oficial es el instante de la verdad, de su propia verdad. Cómo hacer que el muchacho confiese algo que ni siquiera él puede pensar. Lo agarra de los cabellos de la nuca, lo mira y el alemán dirige su ojos hacia la entrepierna. El oficial lo aprieta hacia su cremallera mientras se le abulta el pene de angustia y deseo. En un momento siente que puede venirse y lo abandona dejando de inmediato la celda.

Al día siguiente, sin dormir, deja la disposición de liberar al ciudadano alemán. Sus órdenes son expresas: que no quede en el libro de registro, para no levantar sospechas que había tenido acercamiento a quien se investigaba desde la dirección en La Plata.

Ese día se pide un reemplazo con el oficial Menéndez, quien sigue en su cargo. Se lo solicita de manera personal para que lo cubra. Menéndez era un oficial de policía

de esos que no parecen tener ni un defecto: puntuales, sin tapujos en tomar decisiones y a la espera de un ascenso.

El primer encuentro

En su primer franco, luego de meses sin tener uno, no para de pensar en el momento en que tuvo al alemán con la cara en el cierre de su pantalón. Era lo más cerca que había estado de un hombre en años.

Ya en su casa en Abasto, se ducha y reposa durante tres horas en la cama de dos plazas. Sin mediar preguntas en su cabeza se levanta, se viste de civil y se encamina a un bar donde le habían informado que solía permanecer el alemán.

Entre los pocos que se encuentran en el bar, está John. El oficial no se baja, sólo queda mirándolo desde su Falcon desde la esquina. El alemán no parece estar tramando nada raro, pero ese lugar había sido escenario de varias razzias a estudiantes, y cualquier cosa puede pasar.

Se queda allí hasta que oscurece. Al encender el primer cigarrillo del nuevo atado, ve que sale John hacia la estación de trenes. Baja del auto y comienza a seguirle los pasos desde la vereda de enfrente. El alemán no parece estar a la defensiva luego de haber estado detenido. Eso lo hace sospechar al oficial, ya que no logra descifrar las estrategias del joven.

Cuando el alemán se queda esperando el tren, el oficial lo comienza a mirar de reojo. Piensa que puede ser su hijo,

pero saca inmediatamente ese pensamiento de su cabeza. No puede serlo porque no tiene hijos. Y ese bello joven es un sospechoso nexa con la subversión y a la vista, homosexual.

En eso el muchacho se encamina al baño de la estación. El oficial no duda y lo sigue. Le extraña que no haya nadie: ni uniformados ni agentes de civil, solo ellos dos. Entra, lo observa en el mingitorio. El alemán se mueve para verlo y no lo reconoce. El oficial perplejo siente un hilo de transpiración por la nuca y va a lavarse la cara. El alemán continúa de frente a la pared. El veinteañero vuelve a buscar su mirada y el oficial se acerca, lo mira y toma su mano y la lleva a su entrepierna.

El joven comienza a tocarlo y se agacha para terminar con algo que no había logrado en la comisaría. El oficial le dice:

- ¿Qué haces? Tenemos que salir rajando de acá pibe, nos pueden estar mirando.

Lo agarra del brazo y le ordena que lo espere en una calle, donde lo estará esperando dentro del auto. En menos de cinco minutos se encuentran yendo por un camino sin destino.

- ¿Qué haces? Le pregunta John, o mejor: ¿Está de servicio oficial?

- Si estuviera de servicio te estaría metiendo preso alemán irrespetuoso.

- Con que sabe mi nacionalidad ¿Qué más sabe oficial?

El oficial y el revolucionario

- Que naciste el 3 de abril de 1957, que llegaste por vía terrestre y que tenés relación con los subversivos de mi país ¿Algo más?

- Relación con la subversión de su país. Usted sí que ha leído sobre Vietnam ¿No? Le responde de manera desafiante pero a la vez tierna.

- No. Soy muy realista, John, nada más.

- Bueno pero imagino que no me vino a buscar para llevarme detenido ¿O me equivooco?

- Realmente no sé qué hago acá, no sé qué me traje hasta acá.

- Bueno averigüémoslo entonces.

- No puedo llevarte a mi casa, los vecinos son muy atentos a mis horarios, además soy un oficial conocido en la zona.

- No se preocupe, conozco algunos lugares que seguramente usted no.

Se dirigen sin rumbo hasta que el alemán lo orienta en camino a donde las calles son de tierra. Luego de unos veinte minutos se tropiezan con una casa aparentemente abandonada. John baja y abre algo parecido a una tranquera.

Entran a la casa y la mano del alemán vuelve a tocarlo y retoman el ritmo de sus deseos acumulados. El oficial tiembla más que nunca y de a poco van encontrándose. El oficial respira agitado, y John lo tranquiliza diciéndole al oído:

- Mi oficial, esto no es malo, es sólo entre usted y yo.

Así se recorren con miedo, de a ratos a la defensiva, hasta que se encuentran frente a frente. El oficial lleno de transpiración le advierte que él no es homosexual. Lo toma de la cintura, lo tira a la cama improvisada y comienza a besarlo en el cuello, pasando por la columna hasta que llega a sus nalgas. En ese momento se queda como petrificado y el joven alemán le pregunta si le pasa algo, pero el oficial no responde y sigue por esa línea tan delgada entre la moral y las ganas de llegar.

- Yo no soy lo que parece mi oficial. Hoy soy suyo, le dice John cuando lo encuentra lleno de saliva mirándolo a los ojos.

El oficial lo besa y permanece en su boca hasta quedarse sin aire, intenta desabrocharle la camisa y en el trajín le saca dos botones. Entre risas el oficial le pide que le enseñe eso que nunca hizo. Y el alemán como si fuera un maestro paciente lo conduce lentamente en eso llamado sexo. Cuando el pene erecto del oficial entra en la lánguida cola del alemán, este comienza a gemir y el oficial al fin entiende de qué se trata el deseo.

Luego de un par de horas de darse amor, donde sus arterias se llenaron de sangre y de tres veces que ambos quedaron exhaustos, John queda dormido sobre la cama. El oficial se anima a acariciarlo. Lleva su mano al rostro del joven. Recorre con un dedo el contorno de su oreja izquierda y sigue por los hombros. Se detiene en el costado izquierdo y apoya toda su mano en el glúteo. Allí se queda un buen

rato hasta que el joven comienza a moverse. En eso abre los ojos, lo llama con las manos y al oficial no le queda mejor remedio que acurrucarse ante su amante alemán y descansar unas horas.

Con los primeros rayos de sol, ambos comienzan a desarmar la posición en que durmieron. El oficial se levanta directo al baño y a su regreso John lo espera fumándose un cigarrillo. El oficial se sienta enfrente de él ya cambiado y le dictamina el sinsentido:

- Estamos en un callejón sin salida. Yo no te puedo dejar ir así nomás. No te conozco y está en juego mi carrera. Nos vamos a tener que ver seguido para asegurarme que no vas a hacer alguna macana. Eso es lo que vamos a hacer.

- Como usted mande mi oficial, igual recuerde que yo no soy eso que me dijo ayer. Soy un simple ciudadano alemán viviendo en su país.

El oficial le transmite los pasos a seguir para las citas que tuvieran en adelante. Si por alguna razón un agente de civil, uniformado o grupo de choque los interceptara a los dos: él se tendría que entregar aclarando su nacionalidad, y el Oficial Principal diría que se encontraba en un operativo especial para detenerlo.

La propuesta deja en exposición al alemán, eso piensa, mientras busca su ropa interior confundida entre las sábanas. No tiene mucho marco de actuación, pero no tenía otra alternativa. Y también sabe de que quiere volver a verlo.

Desde esa primera vez, no ha pasado semana en que el oficial no se vea con John. Los encuentros no suceden siempre en el mismo lugar. A veces en departamentos abandonados de la policía, otras veces en prostíbulos donde el oficial simula hacer pesquisas de rutina o en algún rincón del tumultuoso conurbano.

De corridas y sueños

“Al poner condición, se evapora el amor”. Kevin Johansen El código que construyeron al principio fue sólo sexual. Luego compartieron charlas, preocupaciones, hasta que llegaron a encariñarse. Al principio el oficial sacaba el tema de sus posibles vinculaciones con la guerrilla, pero John lo negaba sistemáticamente. En algún momento pensó en sacarle información, pero a esa altura era demasiado tarde para utilizar su amorío como parte de un plan revolucionario.

Después de unas semanas han logrado armarse de un lugar para sus encuentros en una casa de campo. Allí se reúnen en los pocos francos del oficial, y en las escasas escapadas que se hace John de la organización. Ninguno de los dos puede dejar demasiado tiempo sus respectivos lugares en medio de la agitación reinante, de revoluciones y contrarrevoluciones.

Las corridas del joven son cada vez más peligrosas. Guardarse no existe en la jerga del momento ni en la vida real.

El oficial y el revolucionario

Llevar datos a la agencia ANCLA. Traer informaciones a los compañeros. No perder de vista el armamento que debe llegar a las casas clandestinas. Disfrazar las cajas para las balas, limpiar las botellas para las molotov, dejar los instructivos para los novatos. Y hacerse tiempo para verse con el oficial.

Desde las caídas de sus compañeros de Montoneros está más sensible al seguimiento de los agentes de civil. No sabe si sensible o asustado. Tampoco ha dejado de acudir a las teteras. Pero hace un tiempo que no ve a sus conocidos de esas andanzas. Algunas locas le han dicho que están limpiando de mariquitas la ciudad y por eso hay que cuidarse. John ha perdido mucho peso. La comida y el cuidado en cualquier otro momento no son el de ese contexto. El sexo es su cable a tierra y el oficial la personificación de ello. Y para el oficial, su bello alemán es su salvación en medio de cables urgentes, de allanamientos y detenciones. Añora que llegue el día del encuentro. Lo piensa y se masturbaba después de un operativo imaginando el cuerpo de su amado. No hay tiempo, no son días donde se puede esperar lo esperable. Cierra sus ojos y su lengua se humedece, imagina la cintura de su amante y muere de ganas de tocarlo y hacer el amor con John.

El oficial teme a cada instante que descubran su relación con John. Sueña recurrentemente que mientras realiza un operativo en los prostíbulos, lo detienen por pederasta y donde él mismo se dice: “Oficial principal, la Nación no

necesita de maricones dentro de la fuerza”.

No deja de pensar que si detienen al pequeño guerrillero también lo harán con él. ¿Qué dirán en su familia, qué pensará su padre? Su madre no dejaría de llorar por haberlo criado bajo sus polleras, piensa y piensa. Pero tiene claro que no puede separarse de ese muchacho, de esos ojos y de esas manos que se han convertido en lo más preciado de su presente.

Los primeros meses del proceso de reorganización suceden de esa manera. Juntarse en lugares a veces lúgubres, otras en baldíos cercanos a la comisaría de Escobar y a veces en algún que otro baño. Hablar en códigos por teléfono, pasarse papeles con direcciones y algún que otro: “mi oficial” o “mi príncipe”, que de inmediato son quemados o vueltos papel picado.

Traición

En el mes de mayo John le propone irse unos de días al Tigre, a lo de unas locas que estaban preparando los carnavales. Si se vestían como como ellas podían pasar desapercibidos. El oficial le hizo saber que una cosa era sentir algo por un hombre, no poder negarse a ese pecado y otra muy diferente querer pasar por un afeminado. Que él no es un amoral, que era un tiempo de confusión y de no saber qué hacer. Y además no podía justificar dos días fuera de su trabajo.

Las locas amigas del alemán sabían de su misión en el país y también de su amorío. Él se los había contado a modo de resguardo por si alguna vez le pasaba algo. Habían intentado varias veces disuadirlo de esa peligrosa relación sin haber logrado nada. Él nunca les dijo de quién se trataba, y tampoco a su oficial le habló de ellas.

Estas mismas locas son las promotoras de los carnavales en el Tigre. Están alertas por el clima reinante ya que puede complicarse la continuidad de sus fiestas. Sus reuniones están vaciadas por las imposibilidades de llegar a la isla. Y ya los amigos, las amigas y los cómplices no se encuentran, han desaparecido.

Sergio Menéndez, el Oficial Segundo, últimamente se encuentra más amable que de costumbre. Le propone descansos al oficial, con el argumento de que lo ve desmejorado, que está trabajando más de lo necesario. Y en medio de la vida caótica del oficial se deja llevar por este uniformado, que lejos de querer ayudarlo trama una perfecta caída del superior.

Menéndez había informado a la Dirección de Inteligencia que veía comportamientos inusuales del Oficial Principal. Que había estado de interrogatorio con el ciudadano alemán investigado por esa dirección, pero que no había realizado ningún informe sobre aquel interrogatorio. Que sospechaba que tuviera algún tipo de relación no convencional con el alemán y pidió autorización para su seguimiento.

La correspondencia de ambos está siendo interceptada: desde sobres con postales de cartón que contienen mensajes en clave, hasta las cuentas de electricidad de la primera vivienda en la que se había alojado el alemán. Están siendo vigilados por el personal de la policía, luego de que se diera la información que González había sido visto junto al alemán entrando a diferentes hoteles alojamiento. El chisme sobre “González pederasta” recorre todas las oficinas de la fuerza.

El alemán podría pedir asilo en el país vecino, pero su función de enlace para la organización a la cual está comprometido es una cuestión que lo detiene, como su contrariado amorío con el Oficial Principal de la Policía de la Provincia más grande del país. En estos momentos irse o quedarse, todo es riesgoso.

Al Oficial le han sacado los atributos en las zonas donde se perseguía a la guerrilla, también lo han excluido de las dádivas de la prostitución. Desde el año 1975 el negocio había quedado bien resguardado por la policía, no había capitalistas foráneos que se quedarán con la plusvalía de las mujeres de la noche. González, presupone que es el comienzo de la inhabilitación como jefe.

El Oficial Principal no entiende cómo han logrado inmiscuirse en sus corridas con el joven. Ha pensado demasiado cada paso: en no dejar rastros, en desorientar a posibles agentes, pero ya no reconoce en su vida lo real, lo soñado y lo inventado. Ha caído en la cuenta de la repentina

El oficial y el revolucionario

preocupación del oficial Menéndez, que lejos de querer ayudarlo en la tarea diaria, lo ha sacado de sus funciones y tiene más poder de mando que él.

En esos días de incertidumbre le propone entre besos a John irse del país. Había logrado la documentación con otros nombres antes de que cayeran en la cuenta de su desprestigio en el departamento de visas. Sólo falta la decisión y convenir la forma de encontrarse fuera sin levantar sospechas. El alemán, seguiría siendo un alemán volviendo a Alemania, y él iría a EEUU a tomar un curso de seguridad interior. Nada puede fallar. Pero para John no es una opción volverse sin terminar lo que vino a hacer.

Semana tras semana todo empeora. Salir a destiempo, no moverse más juntos, no acudir a reuniones sociales. Apartar todo el tiempo se les está volviendo en contra de ellos mismos. No son los que eran, ni los que quieren ser: son seres haciendo de otros para despistar, pero el riesgo es creerse esos personajes.

González ha perdido el prestigio antes sus subordinados. Todos saben de sus andanzas. Tampoco le quedan contactos que puedan responder por él. No ha sido categórico con la subversión, y ahora también es un perverso: dos crímenes que se pagan, por lo menos con la suspensión. No se puede ser oficial principal con un “amigo íntimo” relacionado con el extremismo.

Se han cumplido tres años del Proceso de Reorganización Nacional. El mundial de fútbol ha sido un éxito: con ra-

zzias de putas, pederastas y maricones mediante. Los fascistas de la revista “El Caudillo” transmiten el mensaje de que para hacer Patria, además de matar a un Trosko, también hay que matar a un puto. Nada indica que “en el sur se está mejor” como canta meneando la cabeza Rafaela Carrá. En el sur las cosas están sobrevolando como un cóndor.

No se ven cotidianamente. Pernoctan en casas diferentes. González y John ya no hablan de sus cosas, sus encuentros son fugaces: besos, abrazos, intercambio de dinero, de qué necesitas, de cuándo nos vamos, de no te lo puedo decir, no puedo ponerte en peligro. Los encuentros tienen gusto a poco, pero siguen creyendo que al fin y al cabo saldrán ilesos.

El final

El 2 de abril de 1979, cerca de semana santa, John no llega a la hora fijada a Plaza Houssay. La espera de 15 minutos se hizo de 45. González piensa lo peor. Fue al teléfono de la estación y llamó a las comisarías cercanas. Ninguna le da información. Hasta que se da cuenta: el candidato a su puesto está jugándole una carta para quedarse con el lugar y tener un zurdito en su haber. Se dirige hasta la comisaría de Escobar, entra gritando por John. Los oficiales no pueden pararlo. Tan fuerte es su grito que llega a oídos de John, y el joven grita desesperado que lo van a matar.

Entra por el pasillo de la comisaría hecho un demonio.

Ningún oficial puede detenerlo en su decisión. Le saca de las manos al carcelero las llaves y abre él mismo la celda donde tiembla su príncipe.

¿Cómo no iba a saber el oficial principal abrir una celda? Dijo en voz alta para que escuchara toda la comisaría. Acá se hace lo que yo digo carajo, acá soy el oficial principal de la policía por si no me reconocen. Me dejan solo acá, que tengo cosas que saldar con este zurdito alemán. Me tendrían que haber dado aviso de este operativo. Este caso era mío. ¡Váyanse dije!

Espera a que se retiren los dos oficiales de guardia, abre la celda y lo toma tan fuerte a John que siente que lo asfixia contra su torso. Su cabello está ensangrentado y su cuerpo débil. Lo agarra de la cabeza y le dice:

¿Qué haces acá John? ¿Qué haces? Te dije que te cuidarás, te dije que te cuidarás, que no anduvieras más por los baños. Mi John qué vamos a hacer con todo esto, mi príncipe. Nos tendríamos que ir lejos, lejos.

Mi oficial. No estaba en ningún baño, en ningún baño. Me estaban esperando en el mismo bar donde me esperó la primera vez. ¿No los habrá mandado usted?

Nunca, nunca haría eso mi rey, nunca. No me ofendas que me muero de la tristeza.

El final siempre estaba más adelante pensaba el oficial. El final es cuando nosotros lo sentenciamos, el final es hoy pensó. Pero no estaba en la fuerza por descarte, estaba por su talento al mando y nadie podía desoír sus órdenes.

Yo no soy lo que usted piensa mi oficial. Yo no soy quien usted piensa.

¿Qué me querés decir John?

Mientras se apartan el uno del otro, todavía con lágrimas, no alcanza a entender lo que quiere decir su príncipe al tiempo que llegan cinco oficiales con orden de sacarlo de la celda. EL primer oficial, hace un gesto de stop con la mano y al grito de “Oficial salga de la celda”, quedan congelados el oficial principal y el revolucionario.

Tenemos orden de la Dirección de comunicarle que este ya no es más su caso. Retirarse o tendremos que ir nosotros a sacarlo de ahí. Por favor retírese por sus propios medios.

El Oficial Principal mira fijamente a su príncipe alemán.

¿Quién sos? ¿Quién son mi alemán? ¿Decime quién sos?

Lo volvió a rodear en sus brazos y es tan perturbadora la escena, que los oficiales entran a la celda, lo separan a ambos y se llevan al oficial.

¿Quién sos? ¿Quién sos? ¡Sos un guerrillero! Continuaba gritando.

González obliga a los guardias a que lo registren en el libro de entradas. “¡Que quede registrado!” Fue la orden del todavía oficial principal. Y efectivamente esa es su última orden acatada. John es inscripto en el libro de entradas de

El oficial y el revolucionario

la Comisaría primera de Escobar.

Al día siguiente el oficial es anoticiado de su baja. Estuvo toda la noche en vela esperando a que llegue John. Esperó hasta el mediodía y volvió a la comisaría. Allí pide los libros de entrada y figura la detención del día anterior como “averiguación de antecedentes”, pero su alemán no está en la comisaría. Esta vez no pudo hacer tanto lío como la noche anterior ya que no era más el Oficial Principal de la Policía.

Parte de inteligencia

“Que el día de la fecha, el llamado John Lyon, es detenido por fuerzas conjuntas y alojado en la comisaría de Escobar, a disposición del Área Militar actuante en esa época en la jurisdicción, a los efectos de ser interrogado/ sobre presuntas actividades subversivas. Horas después de producido el hecho se apersona a la citada seccional el entonces Oficial Principal de esta Policía Mario Ernesto González, quien realizó preguntas en la Oficina de Guardia sobre el paradero de Lyon – al parecer a viva voz-, de tal modo que incluso fue oído por el detenido alemán, quien a su vez comenzó a vociferar manifestando que “se encontraba detenido” y que lo “iban a matar”.

“En virtud de lo expuesto, el responsable del Área Militar, decide que se le de entrada en los libros correspondientes, en carácter de “demorado en averiguación de antecedentes” y casi inmediatamente proceder a su liberación (Fue detenido el 2/4 a las 21.00 hs. Y liberado al día siguiente a

la misma hora).”

“Horas después se toma conocimiento que el mencionado alemán fue privado de su libertad o secuestrado de su domicilio por personas desconocidas.”

“De informaciones obtenida por otros medios, surge en forma fehaciente que el “desaparecido” alemán se hallaba relacionado con elementos subversivos, a quienes proveería de armas que ingresaba al país de contrabando, utilizando para ello una avioneta de su propiedad. Esta avioneta (que actualmente se hallaría en el aeródromo de San Justo, es propiedad del nombrado y de un tal Alberto Gómez.”

“A partir de esta fecha se ignora el paradero del ciudadano alemán, pero todo hace suponer que el hecho de “secuestro” fue ejecutado por elementos de “extrema derecha”, dado que la propiedad del ciudadano alemán fue saqueada e incendiada”.

“Por otras fuentes se obtiene la información sobre la dudosa moralidad del alemán, ya que es considerado “amoral” y conviviendo con el nombrado ex oficial González; asimismo en el lugar (domicilio del alemán) existía gran cantidad de material pornográfico consistente en fotografías, películas, libros, etc.”

Carnaval

El ex oficial como nunca en su vida está a punto de hacer su gran acto. Se hace presente en la Central de Policía para

denunciar la desaparición de su alemán. Inculpa a la comisaría de Escobar de detenerlo, liberarlo al día siguiente y que no se supiera más de su paradero. Le dicen que sólo tomarían la denuncia como asunto interno. Y terminan advirtiéndole que procure irse de la ciudad, para no manchar el honor de la fuerza:

“Que el uniforme no necesita de pederastas, ex oficial.”

Luego de su denuncia emprende un viaje, en esa ciudad no hay lugar para un ex oficial pederasta. Fue a buscar a la casa de campo las pocas cosas que quedarían de su amor. Mientras revisa los cajones de la cómoda, encuentra un disco que siempre escuchaba John. Se trata de uno de David Bowie del año 1969. Agarra el disco y sale con su bolso camino hacia Retiro.

Al año siguiente decide ir a la isla del Tigre. En esos meses había alimentado un poco de esperanza en la posibilidad de que John volviera en medio de las locas a los carnavales. Imaginó muchas veces verlo bailar detrás de una de las comparsas, como la de “Los Dandis”, con un antifaz de color violeta o rojo, los colores que el alemán siempre elegía en cada prenda de ropa. Lo había pensado en los baños de las estaciones, haciéndose pasar por un extranjero que no entendía el español. Lo llegó a soñar en manos de quien se quedara en su cargo, el oficial Menéndez. Lo soñó diciéndole los mismos sollozos en medio del sexo: “mi oficial”. Pero todo eso al despertarse se diluía, formaba parte de su locura. Su príncipe está desaparecido, o lo peor de todo:

muerto.

Su viaje a la isla tenía un objeto: averiguar si alguna de las locas podría darle información de su John. Iba a ser la primera vez que estaría al momento de los desfiles, de las bandas, pero solo. Se dejaría ver por quienes estaban presentes en los festejos, porque ya no tenía reputación que resguardar, y menos aún: un amigo con el que disfrutar de los carnavales.

Pensó con cada detalle del disfraz para vengarse del pasado y del presente. Si ya no era más el oficial principal de la Policía y tampoco tenía a ese joven alemán de la mano, su disfraz de carnaval sería un símbolo de amor. Con una chaqueta de color azul y un antifaz violeta, las locas lo van a tener entre sus filas bailando al compás del rey momo de los carnavales del año 1980. Este carnaval tiene menos gente pensò, no se sabe si por la represión o porque hay menos maricones visibles.

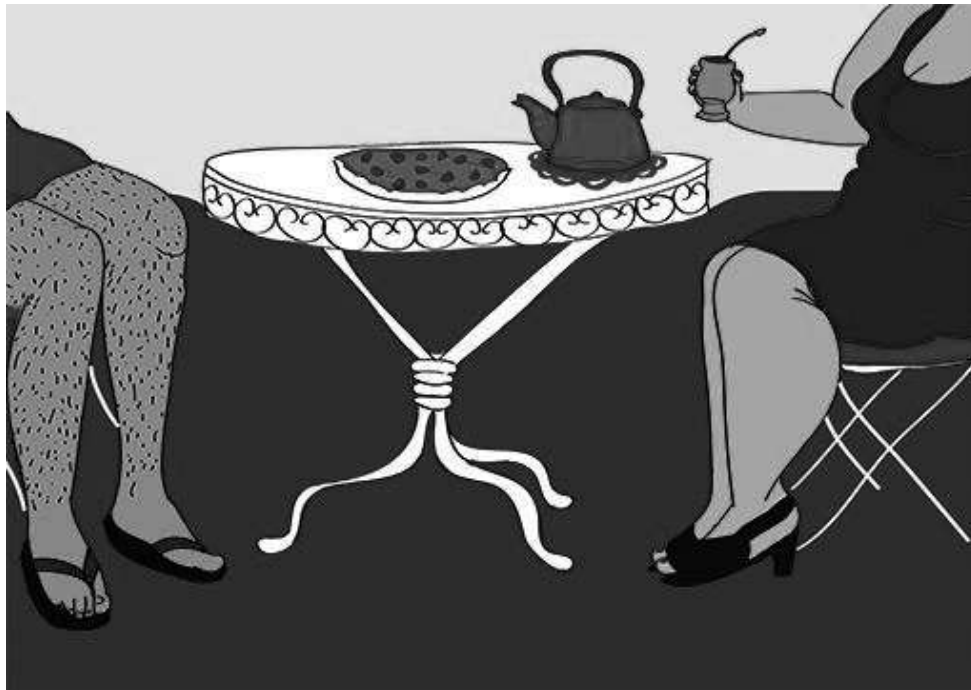
El día del desfile final se pone un traje azul de seda. Lentejuelas le caen de cada uno de los pliegues de la cola, que se asemeja a un traje de baile americano. El antifaz marca la diferencia: violeta y con brillantina por los costados. Bailar nunca lo había hecho, pero acompaña el ritmo de la comparsa y en cada salto recuerda los bellos saltos que daba John intentando bailar la música popular de su amante argentino. En cada salto le vienen a la memoria los latidos de su corazón cuando se quedaba dormido en su pecho. Un terremoto de ternura lo inunda y pierde la noción del

El oficial y el revolucionario

tiempo, aunque ese momento parece estancarse en un respiro profundo para no despertarse más. Su primer baile y su primera ratificación de su deseo amanerado.

Al llegar la noche se sirve ginebra y pone el disco de John. Cuando escucha los primeros acordes de la guitarra y las primeras palabras del tema Space Oddity: “Control terrestre a mayor Tom, Control terrestre a mayor Tom...” puede llorar a su príncipe. Y se siente como despegado de la tierra cuando escucha: “Aquí estoy flotando alrededor de mi lata muy por encima de la luna, el planeta tierra es azul y no hay nada que pueda hacer...” en voz de un Bowie pintado, en honor a la llegada del primer hombre a la luna.

La Rami



La Rami

Ya había acontecido la dura limpieza facista de los maricones antes del comienzo del Mundial de Argentina 1978. Muchas locas habían caído en las garras de las botas, con binchas celestes y blancas. Se decía que las vestidas con “ropas femeninas” las alquilaban de comisaría en comisaría, hasta que algún gorra se sobrepasaba y las dejaba inconscientes.

Los años ochenta parecían traer una carga optimista, aunque superficial e inverosímil, pero por lo menos se podía pensar que el cambio de década traería mejores augurios que toda la multitud de cadáveres que devolvía el río de la plata, y que tan bien describiera en su texto del año 1981 “la rosa” Perlongher 1.

Ramiro Fabrici se había ocultado bastante bien de todas las posibilidades de caer en las manos de los atrapa maricas en sus intentos de tener amoríos en las oscuridades del conurbano. Tenía marcadas las zonas donde no podía inmiscuirse por ser zona “peligro rosa”, así las había bautizado con sus amigas, las pocas que quedaban y que todavía se animaban a reunirse a tomar el té a las cinco cada vez que se podía.

Los baños del ferrocarril eran peligrosísimos, hasta a reconocidos heterosexuales casados se los sacaba a las patadas de los baños por las dudas de que les comiera el bichito de la curiosidad de ver al costado. Ya sabemos que estar casado, tener novia o aparentar ser chongo, no fue ni será con-

dición de arrimársele a algún pito con ganas. Los últimos lugares a salvo para pegarse algún revolcón habían quedado limitados a esquinas con casas abandonadas, baldíos que ya se habían amueblado con algún que otro colchón y frazadas, o alguna que otra terraza de las casas chorizo. Cada paso debía ser muy calculado para no caer en las garras de seguridad, pero siempre había algún detalle que quedaba librado al azar.

La “tota” era la que llevaba siempre las masas finas a las reuniones, que tan finas no eran, porque la Paris se había puesto bien burguesa y se las compraba al panadero de toda la vida. La tota había experimentado con él las primeras lecciones sexuales con hombres y este le devolvía los favores del pasado con media docena más de facturas, por el recuerdo de aquellas eyaculaciones apresuradas detrás del mostrador, antes que apareciera doña Carlota con la bandeja de los escones.

Todas las demás amigas de “la Rami” se habían ido a provincias más pequeñas donde la persecución no era tan cotidiana y donde las caserías eran más exitosas. Las provincias del norte eran las preferidas para los exilios amorosos de estas locas, porque detrás del supuesto machismo norteño se escondía una hermosa solidaridad de los trabajadores de las salinas, que con tanto trabajo se unían en una especie de concubinato con maricas que tuvieran la vocación de servirlos, darles calor, hacerles la comida y disponibles para el sexo.

Otras tantas locas se habían refugiado en sus pensiones, o en el mejor de los casos, en sus departamentos, donde ya ni siquiera se llamaban para hablar de la farándula. Todas estaban al tanto de lo que sucedía en las detenciones nocturnas, en los “enfrentamientos” entre las fuerzas y las organizaciones subversivas. Y ellas no querían ni líos con los subversivos y menos con ser llevadas por infracción al 2h., o al 68.

Algunas locas tenían un código con las comisarías cercanas, donde a cambio de una buena chupada podían vivir sin miedo a que se las levantara de la calle o que entraran en sus casas. La tota solía decir en las mesas de té que era preferible una bombilla de comisario una vez a la semana, y seguir vivita y culeando, que estar encerrada en un calabozo lavándole las letrinas a los hipies y subversivos.

Tiempo atrás

La Rami había tenido un romance fugaz con un militante cercano a Montoneros, que en los últimos encuentros había llegado armado y eso la había asustado mucho, porque pensaba que podría encontrarse con un cana y todo terminaría en la muerte de algunos de ellos. El militante estaba viviendo en concubinato con una compañera de la organización barrial a la que pertenecía, por sugerencia de la cúpula. Lo habían descubierto a principios del año 1975 frotándose con un compañero en el campamento de formación de base. Desde allí la política de la organización

había sido que cada vez que se sospechara de algún militante que cayera en las debilidades de los placeres eyaculatorios con otro del mismo sexo, se tomarían tres medidas de acuerdo al grado de peligrosidad: expulsión, concubinato obligatorio con una mujer o trabajos forzosos.

Ramiro en los tiempos en que se veía con Juan, vivía haciendo de su amigo. El amigo de Juan, el amigo simpático de Juan y nunca había hecho tan bien de hombre como cuando salía con Juan. Juan lo invitaba a su pensión de la Boca y la Rami iba porque era un lugar bastante seguro y Juan le caía bien. Podían cenar, hablar de muchas cosas y reírse de lo que se le dificultaba a Juan relajarse para tener un poco de sexo. Necesitaban un poco de Oporto para que la relación no fuera decadente. Rami le decía:

Tenés que hacer como después que cagàs, no resistirte a que siga saliendo y disfrutar de ese momento.

A lo cual Juan respondía:

Rami te pido por favor que no menciones la palabra cagar que es peor aún.

Juan no se llama Juan, es un nombre solo para la Rami. Juan está comprometido hasta las manos con el Peronismo de base y en todas las charlas que entabla con la Rami trata de convencerlo de hacer algo o colaborar. La Rami no

La Rami

tiene intenciones de acercarse, pero le gusta escucharlo: de las conciencias que hay que elevar y del momento histórico donde se sienten héroes.

La última vez que se vieron fue cuando un compañero de Juan pasó a buscarlo por su pensión y vio la escena desde la ventana del patio interno: a los dos frente a frente mirándose a los ojos, una situación poco común entre hombres. Comenzó a gritar ¡Juan, Juan! Tocó las manos hasta que Juan lo vio y se la trasmuto la cara. Su compañero le pide salir afuera y le pregunta quién es ese hombre con el que charlaba tan confianzudamente. Juan le dice que es un amigo de toda la vida, y este le retruca que nunca lo había visto nunca. Que estaban en un momento donde no había tiempo para el esparcimiento y la diversión, que si quería continuar con la organización debía ser honesto y garantizarle la seguridad a los compañeros. Le dijo que pasaría en una hora y que lo ayudaba a mudarse a otra pensión. Que se despidiera a su amigo y no le dijera más nada.

Así fue que Juan entró y le dijo amablemente a la Rami que no podían verse más. Que estaba complicado el momento y que debían dejarse de ver. Que apenas pudiera él lo iría a buscar, pero que no trate de comunicarse con él en lo más mínimo.

Lo digo por vos más que nada, vos sabes que te estimo, le terminó la frase.

La Rami que estaba más que acostumbrada a las explicaciones de los chongos cuando decidían no verla más, que llevó su mano a la mejilla del militante y le dijo:

No te preocupes Juanchi, cuando quieras, cuando puedas me buscas. Cuidate y acordate de relajarse como si estuvieras en el baño.

Ambos sonrieron y supieron en ese exacto momento que relajarse era complicado y que era poco probable un nuevo encuentro entre los dos.

La Rami vivía en plena zona tomada por la policía que había sido fiel seguidora de la tía Margaride, en la época donde se llenaban de locas los calabozos, y donde las paredes estaban colmadas de pictóricas rayas de esperma en tonos blancuzcos. Allí también habían conocido a varias travas que estaban continuamente, casi como esclavas de honor a los festines sexuales que se armaban las facistoides de las comisarías de la provincia. La Rami había sido liberada gracias a esos contactos en un par de oportunidades, ya que sólo por la sospecha la metían en el calabozo número quince, donde metían a las mariconas insalvables: el calabozo de “las niñas bonitas”.

La Rami, Raúl Frabrici en la vida pública, era un reconocido profesional de la Comisión de Energía Atómica de Ezeiza. Esta tarjeta lo salvaba la mayoría de las veces de

espantar las dudas sobre su moralidad: un profesional correcto de 48 años no era factible de ser mirado como desviado, a no ser por su soltería y por vivir con su madre.

Los amigos

Rami, cuando había cumplido los 27 años, ya hacía varios años tenía un buen puesto en la Comisión de Energía Atómica. Era un químico que tenía buena reputación y muy querido por todos sus compañeros de trabajo. Contaba con una mano los amigos verdaderos de aquellos años, entre ellos estaba Pedro, su amigo del colegio secundario y con el cual habían hecho la carrera juntos. Pedro estaba en pareja con su novia desde los catorce años, un noviazgo como los de aquellos años: con proyectos de casorio y todo. Se tenían un gran afecto, a pesar de la sospecha de su desviación.

Rami tenía a veces expresiones apresuradas, donde se deslizaba una personalidad que Pedro nunca había visto, o mejor dicho que veía de vez en cuando. Pedro a veces sentía que estaba con una amiga más que con un amigo. Y muchas veces le pedía consejos sobre las artes amatorias justamente a su amigo. Rami al haberse criado entre mujeres, sabía algunas cosas más que Pedro sobre la vagina, los pormenores de hacer el amor por alguno de los tres agujeros y sobre todo cómo tratarlas.

La Rami soñaba con Pedro y se masturbaba entre dormido, imaginándose cómo sería chuparle la pija a su amigo

de toda la vida. El bulto de Pedro era más que conocido por los amigos y daba que hablar entre las chicas del barrio. Le llamaban la escopeta del Pedro. A Rami le llamaba la atención esa mezcla de inocencia de su amigo, mezclada con la idea de una escopeta entre sus piernas, que podría dar más felicidades que los fuegos artificiales de fin de año. Y algo había entre ellos que para Pedro, Rami era el preferido de sus amigos.

Una noche, en una cena de compañeros de carrera, se encontraban todos con sus respectivas novias. Rami se había puesto el delantal y estaba a la par de todas las chicas sirviendo la mesa y atendiendo a los comensales. Pedro le había pedido, al estilo jauría de machos:

- Venite a tomar un vaso de vino Rami, que las chicas se encarguen de la picada.

La Rami no lo escuchó, y entre vasos de tinto y cerveza artesanal ya estaba bastante ebria. Comenzó a chusmear con las novias sobre sus novios. De todo lo que se hablaba era sobre la cama, el sexo, las posiciones y la mar en coche. Mientras en la sala los hombres hablaban de fútbol y de una salida a un prostíbulo de cercanías al Aeropuerto de Ezeiza, donde las prostitutas ya esperaban el regreso de la escopeta de Pedro.

Rami no pudo callarse la boca, y en el momento en que la novia de Pedro iba a tomar la palabra le dijo:

La Rami

-
- - Ya que estamos hablando de tamaños, que hable la novia del químico vergón.

Hubo un minuto de silencio, que se relajó con la carcajada de una de ellas que dijo:

-
- ¡Esta lo debe haber visto en el gimnasio de la Normal!

Dos cosas estaban siendo bastante raras esa noche: que una de ellas la tratara en femenino, y la información con la que contaba sobre el tamaño del sexo de su mejor amigo. Rami se levantó con la excusa de ver cómo iban las empanadas en el horno y salió del momento complicado, mirando de reojo a la novia de su amigo y limpiándose la transpiración del horno y de la conversa.

No sólo había visto en los cambiadores de la escuela secundaria a las longitudes del pene de Pedro, sino también en algunas otras ocasiones.

Unos meses atrás habían tenido un terrible revolcón luego de una salida de amigos, cuando sin querer terminaron escondiéndose de un patrullero en una esquina oscura en terreno abandonado. Esa noche habían estado tomando ginebra como agua de manantial, la borrachera era tal que ninguno de los dos podía modular para hacerse entender.

Ese día estuvieron juntos. Al principio se miraron a los ojos, luego Rami le tocó las manos y Pedro las llevó hacia su cierre del jeans. La Rami mientras intentaba bajarlo buscó la boca de su amigo con la suya. La primera reacción de Pedro fue darse vuelta y el beso llegó a la mejilla. Una vez que logró bajarle el cierre tocó en medio de la oscuridad un pedazo de carne, que por momentos dudaba si era el miembro o no de su amigo. Hasta que lo sacó como si estuviera en un sobre y vio las longitudes de la escopeta de sus sueños. Como preparándose para un ritual, lo miró a lo que imaginó serían sus ojos y le dijo:

Pedro, esto es increíble.

Y así se adentró a saborear la dulce fiesta que le estaba proporcionando su fiel amigo. Estuvo varios minutos y Pedro se acomodó mejor para disfrutar de tan afanado acto en la esquina abandonada. Luego de un rato la Rami se paró para tomar un poco de aire y Pedro la agarró de la nuca y le dio un gran beso. Sus lenguas llenas de olor a alcohol se confundieron de humedad y ganas de que no terminara jamás esa celebración. Luego del encanto de las lenguas furiosas, la Rami prosiguió al segundo acto de contricción y se bajó los pantalones y se puso delante de su amigo. Pedro entre el sofocón de los besos, donde todavía no volvía en sí le dijo:

No amigo, no te quiero hacer mal.

Y la Rami como buena amiga y ávida de explorar todo lo que haya que explorar le contestó:

Amigo, nunca me harías mal y además quiero dejar de soñar con este momento.

Y así entre pastos, escombros y botellas, la Rami dejó de desear y se animó a vivir el sexo con su mejor amigo.

Los pájaros comenzaron a cantar, algunas sirenas a sonar y el recuerdo de los besos parecía desmarañarse entre la resaca y el miedo amenazante del día después.

Rami, Rami. Despertate, nos quedamos dormidos. Qué desastre, que manga de boludos, mira que meternos acá.

La Rami mientras intentaba sentarse, con un dolor bello y encantador entre las nalgas, le susurra:

Pedro tranquilo. Esperá que me despierte y vemos cómo salimos.

Tu vieja debe estar preocupada por vos Rami, dale. Salgo yo primero y te espero en la esquina de la otra cuadra y voy pidiendo un taxi para que te lleve hasta tu casa.

Hasta en aquel momento Pedro la cuidó. La Rami sintió amor en ese detalle y se tranquilizó al no tener que hablar sobre lo sucedido.

Cuando los dos estaban en la esquina y llegó el taxi, se despidieron con palmadas en la espalda, a lo macho, como siempre le repetía Pedro.

Esa noche habría quedado para ambos en el pasado, un recuerdo del que nunca jamás hablaron.

La desaparición

Rami piensa como todos los sábados salir a ver qué se puede cazar. Tiene claro que en cualquier baño público está todo más que difícil para alguna aventura apresurada, pero piensa: “cuando el deseo tira hay que responderle”, y además: “qué vida era esa, de esconderse y sólo mirar revistas con hombres semidesnudos, la vida tenía que ser otra cosa”.

Con su madre los sábados cenaban juntos y miraban los álbumes antiguos de fotografías de la familia. Escuchaban tangos en la radio y mientras Doña Concepción tejía a dos agujas, La Rami completaba su cuaderno con billetes y monedas de otros países. Esos sábados, luego del té a las nueve de la noche, llevaba a su mamá a acostarse. Le ayudaba con los rulos y el pañuelo para al otro día estar lista para la misa de las ocho de la mañana.

La Rami

Hijo vaya con dios, que me lo bendiga y acompañe en el sueño nocturno, le decía cada noche.

Usted también madre, duerma con dios y la virgencita.

Esa noche quería creer que con las bendiciones y bendiciones que le había dado su madre, estaría más que protegida por diosito, su madre y los santos eyaculadores. Esta vez se puso el sacón rojo, con pequeños detalles dorados en los botones de las mangas. Una vieja amiga se lo había regalado para las fiestas y nunca lo había usado. Sale de su casa sigiloso, en puntillas de pie para que su madre no se percatara de su salida nocturna. Había tenido un sermón de la madre, luego de habérselo cruzado yendo al baño muy desalineado en la madrugada.

Se dirige hacia el empedrado donde hay pocos faroles prendidos. Se escuchan a lo lejos perros ladrando con saña, como en enfrentamiento con gatos o algún linyera alcoholizado. Fue al puente cerca de la estación, sabía que allí seguramente encontraría a un chongo de barrio, que no tuviera nada que ver con la policía federal ni provincial. Entra al baño de un bolichón y ve que había dos muchachos en los mingitorios que parecía que están por comenzar algo. Uno parece de treinta años y el otro no llega a los veinticinco. En el preciso momento en que uno de ellos lo mira fijamente a los ojos, se dio cuenta que sería detenido por ese dúo poco apasionado en la tarea del levante. Nun-

ca pensó que con solo mirar sería arrestado por infracción al Art. 68 2. El famoso artículo sesenta y ocho recordó: por sospecha de mantener relaciones con un menor, o a punto de realizar una felatio en un lugar público. Se lo llevan inmediatamente detenido, ni siquiera puede decir algo en su defensa. Los agentes le dicen que como hombre mayor, está incitando a un menor a la pederastia 3. Que los pederastas pasivos tienen una celda asignada en la Brigada de Investigaciones, y que las aventuras de amorales sexuales también se pagan con arresto. Este cronista agrega, que seguramente en esas celdas también se pagaba con favores sexuales a los propios oficiales.

Hasta ese momento siempre había caído en comisarías pero nunca en una Brigada, la están llevando a la famosa Brigada de Ezeiza. Se decía que de allí se salía solo con contratos. Los contratos eran pases obligatorios por la Brigada para garantizarles tranquilidad, pero a cambio de lo que sea. Sexo, prestación de servicios domésticos en la Seccional, como contenedora de comisarios y agentes deprimidos o morbosos. Se puso el sacón rojo para terminar en la Brigada, no podía creer lo que le estaba sucediendo. Va custodiada por dos chongos hacia la Brigada. El tiempo transcurre lento, alarmante, y fiero, bien fiero. Esa noche decide no nombrar más a dios, a la virgen ni a los santos eyaculadores, no nombraría nada que fuera a recordarle la mala vida que sentía que le había tocado.

El primer paso era sacarse toda la ropa y dejarla a la entrada.

Esta loca tiene buena ropa, escuchó decirle al joven agente que lo mirara de reojo en el baño del bolichón.

Sí esta es más de su casa ¿No? Dijo el compañero que la miraba mientras se agachaba para sacarse los pantalones color crema.

Es de la que toman el té con la mami y esperan al vecino que le dé una alegría, completó el agente de la Brigada.

Desde su llegada la mandaron a limpiar las letrinas. Luego de unos días la ubicaron en una celda con otras viejas amaneradas y vestidas de mujeres. Allí la tendrían para mandados varios en el barrio, una especie de ama de llaves del conurbano.

No sabemos qué sucedió, es un hombre de bien y de su casa

La madre de Ramiro al levantarse al día siguiente, va directo a la cocina para poner la pava: para su té y el mate de la Rami. Pasa por la puerta de la habitación y piensa como siempre que su hijo no cambiaba más, siempre perezoso para levantarse los domingos. Cuando sale del baño le toca

la puerta, le vuelve a golpear seguido hasta que abre y ve vacía su cama. Irse sin avisar no lo hacía, era bien correcto Rami, pero donde se habría metido. Sale al patio con el desabillé a medio prenderse y ve todo tal cual había quedado la noche anterior.

Se sienta en la cocina. A los minutos comienza a sonar la pava, pero no puede levantarse de la preocupación y el susto. Cuando ya no soporta el ruido del vapor y el hervor, se para y saca la pava al costado, le salta una gota que le quema la palma de la mano. Enseguida corre a la pileta y abre la canilla para que el agua fría le calme el dolor.

Luego de tranquilizarse unos minutos piensa que su lugar es estar en la Iglesia como todos los domingos y pedir por su Rami, en una de esas al regresar la encontraría en el baño o durmiendo como todos los días en su cama.

Rezó por su hijo hija, pidió perdón por el ella, por lo que hubiera hecho mal, que nada lo haría de mala persona le decía a su diosito, con la esperanza de estar haciendo lo que mejor sabía hacer: rezar.

La pregunta de algunas comadres por la Rami no se dejó esperar a la salida de la Capilla y ella responde que estaba cansado del trabajo de toda la semana y que seguramente asistiera a la misa de la tarde.

A llegar a su casa llama a la única persona que podría pedirle ayuda. Pedro seguramente sabría dónde está, estaría con él o podría buscarlo. Busca en su libretita de anotaciones el número de la bodega cerca de donde vive Pedro y

La Rami

su esposa. Llama y pide que lo fueran a buscar. Cuando al fin pudo hablar con el amigo de su hija, entra en llanto y le cuenta lo sucedido. Pedro la tranquiliza y le dice que en cuanto pudiera se acercaría a su casa para ver qué pueden hacer.

Luego de la hora del almuerzo de domingo aparece en la puerta de la casa de la Rami su amigo Pedro. Le pregunta cuándo había sido la última vez que lo había visto y le garantiza que si para la mañana del lunes no aparecía, debían hacer la denuncia.

Así, pasadas las 24 horas comienzan a hacer llamados a las comisarías, hospitales y a amigos para averiguar si lo habían visto. Pedro se comunica con un amigo en común que trabaja en el diario, quien al día siguiente publica un artículo en el diario titulado “Lo buscan sus familiares”. Allí la crónica menciona la preocupación de su familia por la falta de Fabrici, y también por “la índole de las actividades del desaparecido y el hecho de que no tienen ninguna filiación política y ser hombre de vida tranquila, sin problemas acuciantes”. Todas estas razones esgrimidas, fueron bien aclaradas por su madre y por Pedro mientras le dictaban al periodista las características de Ramiro. El periodista expresó lo mismo a su editor: había que dejar claro que no le interesaba la política y que goza de prestigio en la Comisión de Energía Atómica y en sus allegados.

Esta vez Fabrici es llevado a la Brigada de Investigaciones,

ya no a la comisaría donde contaba con los contactos de las locas esclavas. Esta vez es más exigente el entramado burocrático, y más si se lo habían llevado por homosexual. Estuvo detenido seis días en el edificio de la Brigada I de Morón. Fue ubicado en la celda donde dormían las travestis de turno y tuvo que hacer las labores destinadas al personal de limpieza.

Mientras limpiaba las letrinas se preguntaba una y otra vez por qué había salido esa noche a sabiendas del peligro. Pero una y otra vez recapitulaba cómo sería la manera de vivir su deseo, su deseo que no era algo común, que le dolía, que lo angustiaba, pero al fin era su deseo. Pensó que el infierno se corporizaba en esos uniformados que venían a exigirle que limpie esos baños inmundos y que la trataran como “la vieja”. Pensaba en su vieja, si lo estaría buscando y en sus amigas. Y también se acordaba de a ratos de aquellas vez, que con Pedro se habían amado hasta el cansancio. Pensaba que los recuerdos son la mejor resistencia y la garantía de que la vida podía ser otra cosa.

Por contactos del periodista, Pedro llega a la Brigada de Investigaciones. Pide hablar con el encargado de la guardia e inicia a dar razones sobre Ramiro y su buena reputación, y de lo acongojada que está su familia por su desaparición repentina. El jefe de turno le explica a Pedro “las razones” del encarcelamiento de Ramiro. Que lo habían casado “in fraganti” corrompiendo a un menor a punto de obligarlo a que le practique una felatio. Su amigo no pudo menos

que defenderlo, que lo conocía, que era incapaz de hacer una cosa semejante. La conversación duró media hora y el Oficial lo comprometió de hacerse cargo de ese desviado, que si se comprometía a tenerlo controlado en su casa sin salidas a los baños públicos, al otro día saldría libre.

Al día siguiente Pedro se encamina al encuentro de la Rami a la Brigada. En el camino le compra los 4370 largos que solían fumar juntos. Le lleva ropa que tenía por ahí por si tenía ganas de cambiarse antes de llegar a su casa. Entra a la Brigada, firma la salida de su amigo y el mismo agente con el que había hablado el día anterior le dice recibéndole el papel:

Procure que no se muestre más su amigo, que se haga hombre de una buena vez, que se dedique a las tareas de su casa con su madre y punto.

Luego lo llevan hasta la celda donde estaba Ramiro, que se encuentra solo, sin ningún testigo de su cautiverio. Se abrazan a las palmadas y le pregunta qué estaba haciendo ahí y su amigo le responde con esa tranquilidad que lo caracteriza:

Vine por vos Rami.

¿Qué me decís? Le contestó apabullada.

Que estás libre, te vine buscar para llevarte a tu casa.

¿En serio me decís?

Claro amigo. Pero nos comprometimos con el agente que quedarías libre con la condición de que no salgas más por las noches, que no te muestres más así, que te tenés que mostrar como hombre, puto no, hombre Rami.

El silencio se apodera de la celda y mientras la Rami se levanta del bloque de cemento que hacía de cama, salen de la Brigada. Una vez más la Rami no cree lo que le está sucediendo. Su amigo salvándola de esa mierda de prisión, su amigo pronunciando la palabra puto. Pensó que tenía que pensar sólo en estar viva, y se concentra en ello.

Cuando suben al auto que le prestaran a Pedro, le tira sobre la falda los cigarrillos, la Rami sonriente los agarra y se prende uno mirando hacia la ventana. El viaje en el auto fue bastante incómodo, la Rami no sabe qué decir hasta que se tranquiliza y puede dormitar luego de fumarse el cigarrillo que le pasara Pedro. Al llegar al barrio su amigo lo despide con un abrazo apretado, que le deje saludos a la vieja y que el fin de semana pasaba a tomar unos mates con la tarta de doña Concepción.

La Rami lo mira con ternura y le dice entre un tono monacorde y dulce:

Gracias amigo, gracias por esto que haces.

Pedro lo mira comprensivo y le contesta:

La Rami

Es hora de entrar a casa pibe, mamá te espera.

Parte de Inteligencia.

Respuesta al pedido de información sobre el ciudadano Ramiro Fabrici, empleado de la Sección Química de la Comisión de Energía Atómica. Infórmole que el mismo estaba detenido en la Brigada I de Morón desde el 9/3/80 a la 01,30 horas, por infracción al art. 68 de la Ley 8031 (HOMOSEXUAL), con intervención del sr. Juez de Falta, se le otorgó libertad por lo preceptuado en el artículo 112 del citado texto legal, habiéndose hecha efectiva el día 15/3/80, habiéndose hecha efectiva la misma el día 15/3/80 a las 03.00 horas.

Dirección General de Investigaciones

Comisario General, Director General de Investigaciones.

Ramiro llega a su casa de noche. Lo habían liberado con todas las advertencias del caso, hasta con la promesa de que terminaría el resto de sus días lavando las letrinas de la Escuela de Suboficiales.

Cuando abre la puerta siente ruido en la cocina. Prefiere seguir derecho a su habitación para bañarse y sacarse el olor a de la celda. Se saca toda la ropa la deja hecha un bollo para tirarla, no vale la pena ni lavarla, fue mi última andanza de marica se dijo para que quedara bien claro.

Abre la canilla, espera a que se calentara un poco el agua,

siempre le daban sofocones de asfixia entrarle de una a la lluvia del baño. Cuando está desnudo se enjabona tanto como puede, por la entre piernas, las axilas que destilan un sopor casi insostenible. Luego se pasa la esponja por el cuello, por la panza y volvió hacia la entrepierna. Quiere quedar bien limpia, bien limpia antes de ver a su madre. Estuvo cerca de cuarenta minutos debajo del agua caliente. Cuando ve sus manos todas arrugadas de tanta agua y vapor, siente que estaba ya para salir. Se seca suavemente. Busca ropa cómoda dentro del armario. Se nota que su mamá lavó todo, porque tiene olorcito a recién doblado y almidonado. Seguramente su madre mantuvo todo como todos los días.

Se encrema las manos, respira profundamente y sale por el pasillo hasta llegar a la cocina donde está la madre sentada.

- Hijo, ¿Cómo estás?
- Hola mami, bien, estoy muy bien.
- ¿Cómo te trataron ahí dónde estabas?
- Bien, dentro de esa mierda, yo estoy bien vieja.
- ¿No me mentís no Rami?
- No mamá, mira estoy entero, ni un rasguño.
- Qué locura Rami, dejarte tantos días adentro.
- Sí mami, una reverenda locura. Hay mucha gente en las cárceles. Inocentes y no tanto, y los juntan a todos: a chorros, subversivos y a pervertidos.

Una vez en la casa su madre no le pregunta nada. Rami teme que llegue la hora de la pregunta y no poder mentirle más. Su madre le pregunta si quería unos mates, y que tenía preparada la tarta de frutillas que tanto le gustaba. Una vez sentados en la mesa del patio interno ella le dice que Pedro se ha portado muy bien, que ha estado en todas las diligencias y que si no hubiera sido por él no hubiera sabido a quien recurrir. Y antes que pudiera contestarle, le dijo:

-

- Pedro me comentó sobre la equivocación de los suboficiales, que te confundieron con una persona del mismo apellido relacionado con la guerrilla.

La Rami suspira mientras contiene en los ojos una lágrima. Agarra el mate calentito y dice con tono lento para que no se note su ansiedad contenida:

- - Sí, una gran equivocación vieja, llevarme a mí preso como un extremista.

Siente que vuelve a vivir, que está en su casa con su vieja, con el mate recién cebado. Había visto tantas cosas esos seis días en esos calabozos: tanta gente gritando y música muy alta: jazz, música clásica y tango escuchaban los milicos. Prefirió olvidar y seguir con la historia que Pedro había creado para salvarlo de la vergüenza de ser llamado pederasta. Pedro, su amigo más cercano, lo ha sacado de la cárcel y lo ha rescatado de los uniformados. Es una loca que se ha salvado y puede contarla. Nunca ha esta-

do de acuerdo con las organizaciones armadas, pero sabe que están asesinando a mansalva a cientos de personas por subversivos, pero también por maricones.

La madre le pide que prenda la radio, para poder relajarse y volver con el tejido que hacía una semana no agarra. La Rami prende el aparato y sintoniza justo donde suena un tango: “He llegado hasta tu casa, yo no sé cómo he podido, si me han dicho que no estás, que ya nunca volverás, si me han dicho que te has ido”. Al escuchar las primeras estrofas de ese tango confirma que los destinos suelen estar firmados, sellados y fichados, como él en la Brigada, y no quiso pensar más en el futuro, ni en los santos eyaculadores ni en nada. Se aleja de la radio y se sienta al lado de su vieja a ver qué billetes le faltan en su colección a medio organizar.

1- "La Rosa" se hacía llamar Néstor Perlongher, por Rosa Luxemburgo. Activista mítico del Frente de Liberación Homosexual de Argentina (FLH). Escribió el texto "Cadáveres" en el año 1981: "Bajo las matas, en los pajonales, sobre los puentes, en los canales, Hay Cadáveres..."

2- El Artículo 68 de la Ley 8031/73, derogado en el año 2008 decía: "Será penado con una multa de entre el quince (15) y el cuarenta (40) por ciento del haber mensual del Agente del Seguridad (Agrupamiento Comando) de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y arresto de cinco (5) a treinta (30) días, la prostituta o el homosexual que se ofreciere públicamente, dando ocasión de escándalo o molestando o produciendo escándalo en la casa que habitare".

3 - Pederastia. Término utilizado por los agentes de inteligencia de la DIPPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires) para denominar a los homosexuales. También acompañado de los calificativos "activo" y "pasivo".

4 - Amoraes sexuales. Otro sinónimo utilizado por los agentes de la DIPPBA para denominar a los homosexuales.

